

Valeriano Bozal

Cambio ideológico en España (1939-1975)

En el estudio del cambio ideológico en España puede llevarse a cabo de dos formas bien diferentes: una exposición estrictamente descriptiva de las diversas orientaciones ideológicas y su vigencia o, por el contrario, un análisis en el que resulte la adscripción de clase de cada orientación articulando la dinámica ideológica con la dinámica entera de la formación social. En el presente texto hemos elegido la segunda opción.

La ideológica se articula con la clase, con sus capas o fracciones a través tanto del contenido ideológico explícito cuanto de la organización de la cultura y el concreto aparato ideológico que tiene, en esa organización, preponderancia. Aún más, contenido ideológico y organización se inciden mutuamente a la vez que se complementan. Ello no quiere decir que la correspondencia entre ambos se absoluta, pero, en cualquier caso, las relaciones han de analizarse concreta mente. La organización de la cultura comprende su modo de producción en el aparato o aparatos en que se lleva a cabo, pero también su distribución. El control de tales aparatos y de la organización toda es un elemento decisivo en la lucha por la dominación ideológica y, por tanto, en la lucha de clases. En este sentido —y la historia reciente de nuestro país es buena prueba de ello—, nada más injusto que reducir la lucha ideológica a un intercambio de ideas, opiniones o teorías. Reducirla a este nivel supone aceptar la división del trabajo propia de la sociedad de clases y resolver así en la práctica y definitivamente aquello sobre lo que se discute o polemiza.

La concepción del intelectual como individuo más o menos aislado, independientemente y auto suficiente, productor neutral de teorías y concepciones, responde a un planteamiento de clase que ve en el individualismo —y en su manifestación: el genio creador— la medida de todas las cosas, el valor supremo. Este individuo genial, pensador de la totalidad, no es sino el legitimador de una división social del trabajo que, paradójicamente, niega con su especialidad: pensar la totalidad sin realizarla. No por pretenderlo abandona este intelectual su condición de clase: los intereses que legitima —y defiende objetivamente— son los de la burguesía dominante, al aceptar el gueto de su actividad acepta lo establecido como una fatal naturalidad.

En esta perspectiva es posible hablar del “intelectual orgánico” sobre el que tan acertada mente se insertó Gramsci. El intelectual, ligado orgánicamente a una clase no es ya el

individuo aislado que propone, con elevado grado de elaboración técnica, concepciones y teorías, no es tampoco la suma de tales individualidades, sino el intelectual (los intelectuales) es un aparato concreto que, al marcar los límites de la producción, de la organización y distribución de la cultura, construye la perspectiva en que la ideológica se mueve y proyecta.

La lucha ideológica se divide, pues —la dividimos al analizarla—, en varios componentes. Junto al polémico intercambio de teorías que legitiman o critican lo establecido, que legitiman o critican la alternativa que la clase ascendente ofrece, se trata igualmente de la lucha por apoderarse del aparato ideológico o por crear otro nuevo — alternativo— y, generalmente, ambas cosas a la vez. El estudio del cambio ideológico en España no puede prescindir de estos componentes ni de su dialéctica interrelación mucho más clara de la misma que las meras referencias políticas y superestructura les que suelen abundar en los trabajos descriptivos.

Las anteriores consideraciones se complican en nuestro caso. La formación social española complica notablemente la de por sí ya compleja imagen de las formaciones sociales en las que el modo de producción capitalistas es dominante. La composición capitalista es dominante, y su evolución, es un buen síntoma de esta complicación. Está formado por diversas fracciones, la pequeña burguesía campesina y comerciante, provinciana y claramente localizada, que constituye la base social del aparato del Movimiento (secretaría general, sindicatos, etcétera); el capitalismo monopolista ligado al (dependiente del) capital extranjero, a la oligarquía terrateniente y el capital financiero; el capitalismo monopolista “desligado de”, con afán competitivo, marcadamente nacionalista en ocasiones y detentador de una hegemonía ideológica cada vez más discutida.¹ La contradicción fundamental entre esta clase dominante y el proletariado se dobla con las contradicciones inherentes a los intereses de las diversas fracciones, y también en este campo la incidencia es mutua: las contradicciones internas se agudizan y sosiegan a tenor de la presión que ejercen las reivindicaciones y alternativas globales del proletariado. En ocasiones —y muchos se preguntan si el actual no es uno de esos momentos— los intereses divergen hasta tal punto (hasta el punto de poner en peligro la existencia misma de la capa o fracción) que la precaria solidez del bloque dominante se rompe estruendosamente y algunos de sus sectores pasan a formar un bloque más o menos firme con otras clases.

1 Cf. Equipo Comunicación, “Hegemonía y dominación en la España de la posguerra, I”, *Abierta*, 4, Madrid, 1975. V. Bozal y L. Parmio, “Sistema educativo/sistema de clase”. *Zona Abierta*, 2, Madrid, 1975.

La historia del cambio ideológico en España es la apasionante historia de esta evolución, cuya periodización, aunque provisional, resuelta ya una exigencia.

—Con el desenlace de la guerra civil se inicia un periodo caracterizado por dos notas: A] el bloque en el poder intenta crear una ideología alternativa a la derrotada, y lo hace a través de diversos planteamientos (sobre el desenlace de este intento se hablará después); esta alternativa no lo es sólo al socialismo y el comunismo, sino también al radicalismo liberal que se configura a través de Izquierda Republicana y tiene en Hazaña su más notable representante; B] en el seno del bloque en el poder se ha abierto una crisis de hegemonía muy visible en la disparidad de la lucha ideológica interna; el árbitro de semejante enfrentamiento no se una teoría, un programa o un partido, sino el jefe de Estado.

—Neutralizada la crisis de hegemonía tras la difícil situación planteada por el final de la segunda guerra mundial, se inicia en los años cincuenta una recomposición del aparato político, que ha adquirido un peso específico en algunos sectores de la organización de la cultura y los aparatos ideológicos, y muy especialmente en:

*El sistema de enseñanza.

*Medios de comunicación de masa.

*Sistemas de control y censura.

—Esta recomposición se hace tanto más necesaria y urgente cuanto que por esos años se agudiza la alternativa proletaria que hace acto de presencia con una fuerza para muchos inesperada. La dificultad para esta recomposición —dificultad que todavía hoy perdura y que el llamado “aperturismo” ha puesto el orden del día— y la réplica proletaria hacen pensar en una crisis definitiva, y conduce a una rápida instrumentalización de la cultura: es el momento del realismo crítico, del arte comprometido y de denuncia, de la sustitución de la “moral” satriana, que había satisfecho a tantos intelectuales, por la “política” lukàcsiana. Es, también, el momento en que empieza a gestarse la primera alternativa concreta y global a algunos sectores importantes del aparato ideológico: la Universidad.

—La provisional recomposición del aparato político mediante la coexistencia dirigida de los “tecnócratas” y de los restos todavía poderosos de aquellos que guardan las más puras esencias del Movimiento, inicia la década de los sesenta y permite lanzar al mercado ideológico una nueva mercancía: el desarrollo. Pero la coexistencia se montó sobre bases bastantes pobres —como el escándalo Matesa se encargó de revelar— y el aparato, viejo y el nuevo, empezó a convertirse en una traba seria para el desarrollo. La supervivencia de las viejas formas políticas sólo permitía una política de gestos (tender la mano al MCE, al

capital extranjero...) y la presión creciente del movimiento obrero obligaba a manchar las limpias manos de los tecnócratas. Como es sabido, la mancha llegó en ocasiones hasta el cuello.

—Esta traba se ponía de manifiesto de muy diversas maneras: el control y la censura, por ejemplo, dificultaban la expansión de la industria cultural; el aparato de enseñanza en todos los niveles, incapaz de hacer frente a la demanda, se resquebrajaba y corría peligro de hundimiento a ojos vistas: la política represiva y restrictiva, lejos de solucionar los problemas, los agudizaba; la misma burguesía parecía incapaz de poner en marcha las soluciones que ella misma proponía —la Ley General de Educación, por ejemplo—, sacando a la luz lo profundo de sus contradicciones.

—Los acontecimientos que a partir del proceso de Burgos van a desarrollarse vertiginosamente conducen finalmente al reconocimiento implícito —y a veces explícito— de que el bloque dominante empieza a resquebrajarse, incapaz de resolver su propia crisis de hegemonía y de satisfacer las demandas populares. El repliegue sobre sí mismo no es sino el acta notarial de tan triste destino. El ritmo se hace aún más rápido con la aparición de alternativas globales que plantean ya directamente la ruptura.

Nos proponemos analizar sucintamente el cambio ideológico en España a tenor de esa periodización.

1.- 1939-1951. LA LUCHA POR LA HEGEMONÍA IDEOLÓGICA EN LA POSGUERRA.

Tras la victoria de la guerra civil, la necesidad de ofrecer una alternativa a la ideología derrotada, necesidad tanto más ineludible cuanto que era preciso legitimar una dramática situación de excepción —dramática en todos los sentidos: la destrucción, la represión, el hundimiento económico...—, se complicó con la lucha interna por la hegemonía política e ideológica.

Elías Díaz ha señalado, en su conocida serie de artículos sobre el pensamiento español (cf. *Sistema*, n. 1, 2 y 3), que las principales tendencias dominantes eran: Falange Española, Tradicionalismo, católicos integristas de orientación monárquica y Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP). Estas tendencias respondían a fuerzas sociales concretas y aglutinaban a fuerzas políticas que participaban más o menos activamente en la práctica del poder y en la configuración ideológica del nuevo Estado. En este último aspecto, no todas podían exhibir la misma aportación. Es sabido que la

aportación ideológica y simbólica de Falange Española fue decisiva, mientras que la de los Tradicionalistas se difuminaba (salvo algunos rasgos muy llamativos que aparecieron en los Principios Fundamentales) en el seno de los Elías Díaz denomina católica integristas de orientación monárquica, muy bien representados —pensamos nosotros— por la Iglesia de cruzada que en aquel momento era rigor. En cambio la ACNP era, en esos primeros tiempos, una reserva no excesivamente bien vista por los demás, dados los aires que corrían por Europa (esta situación cambió tras la guerra mundial).

Falange y católicos integristas pretendían claramente ofrecer una alternativa ideológica, legitimar lo establecido y dominar los aparatos ideológicos. Dejando ahora a un lado más remotos antecedentes, la alternativa falangista se había empezado a elaborar durante la guerra misma. Los artículos de Pedro Laín en *Jerarquía* son un buen testimonio de esto, Inmediatamente después, Falange dominaba la propaganda y la difusión, actividad en la que Dionisio Redruejo tuvo un papel destacado, junto con Pedro Laín Antonio Tovar, y trataba de adquirir posiciones sólidas en el aparato de enseñanza, especialmente en el sector más directamente ligado al Estado. En este punto hay que hacer constar que nunca lo logró del todo y que, por último, iba a ser claramente desplazada.

La actividad de Falange enormemente sugerente, porque en todo momento intentó cubrir los diversos flancos a que una ideología global debe atender: a través de los aparatos de comunicación de masas transmitía las concepciones que en los altos niveles de elaboración aparecían como su filosofía: si controlaba prensa y propaganda también creaba revistas intelectuales “de altura”, como *Escorial* y la *Revista de Estudios Políticos*, con las que pretendía contribuir decisivamente a la construcción de una concepción del mundo acorde con la nueva situación. En este terreno tenía que competir con dos enemigos de calibre: la Iglesia y la ideología neoliberal y burguesa que el orteguismo aguado de Julián Marías (*aguado*: véase, por ejemplo, la defensa a mayor gloria del cristianismo y la religión que el discípulo hacía del maestro) expresaba bastante bien en el campo filosófico.

La concepción que los intelectuales más serios de Falange pretendían configurar ya en los años de la guerra poseía ciertas notas características que no por sabidas conviene olvidar: el totalitarismo basado en un sentido jerárquico, el irracionalismo —que los más cultos hacían venir de Heidegger—, muy apreciable en los textos de Laín y García Valdecasas, el elitismo selectivo, el tradicionalismo, etcétera, todo ello bañado en un tinte de religiosidad —especialmente en la ideología de base, no tanto en algunas manifestaciones de los teóricos— que distingue a esta concepción del irracionalismo europeo de la época.

Hay una serie de textos en que estas notas se revelan con mayor claridad, son aquellos en que se marcan y exponen las pautas ideológicas que deben inculcarse en la juventud, textos de Pilar Primo de Rivera, Sancho Dávila, Fr. Justo Pérez de Urbel, Pedro Laín, Ruiz del Castillo, Julián Pe Martín, etcétera, que aparecen en la Revista Nacional de Educación a partir de 1941. En ellos se trata de elaborar un modelo nacional sindicalista pensando en la materia prima que ofrece la juventud.

A pesar de que pueda parecer prolijo, considero necesario transcribir alguno de estos textos. Los supongo hoy bastante desconocidos y su conocimiento —aunque sólo sea a modo indicativo— me parece necesario para la argumentación que ha de seguir.

En un artículo titulado “Educación del ímpetu. Revisión de un ensayo de Ortega y Gasset” (Revista Nacional de Educación, n. 4, Madrid, abril de 1941), tras una larga exposición teórico-filosófico-pedagógica, Pedro Laín extrae una serie de conclusiones prácticas:

[...] formularé escuetamente las afirmaciones surgidas de este trabajo de revisión. La primera, aceptación de la educación vital del niño, traducida por la creación en él de entusiasmo. Y luego, como complementarias, las que proporcionó la crítica: dar a esta educación de la vida como tal un sentido militante y no meramente deportivo; no entusiasmar simplemente con mitos, sino también con creencias; educar lo ético al mismo tiempo que lo vital; necesidad que convicciones iniciales —prejuicios—, antes de emprender un medio educativo de lo vital y, por fin, a tenor con lo exigido por el medio vital *completo* del niño, adición de la norma al entusiasmo:

Primera. El maestro nacionalsindicalista debe potenciar en el niño sus resortes e ímpetus vitales, orientados ante la vida y el mundo en sentido militante.

Segunda. Esta educación se basa fundamentalmente en el relato y en la ostentación ante el niño de imágenes, preferiblemente coloreadas y murales, ejecutados con el máximo decoro artístico.

Tercera. Los relatos e imágenes se basarán de preferencia en nuestras creencias en la Patria y en Dios. En cuanto a las primeras, nuestra Revolución será motivo fundamental, vertido en el siguiente repertorio pedagógico: narraciones engrosas y romances sencillos, por un lado; láminas murales, por otro, referentes a los sucesos heroicos y ejemplares de nuestra Revolución; rebelión anterior al Alzamiento, el Alzamiento, la guerra y cuantos hechos notables se produzcan hasta la edición de las láminas. La creencia en Dios podría educarse por medios análogos. (Recuerdo ahora aquellos antiguos cuadros murales, con ingenuas escenificaciones de la Historia Sagrada, que después de todo, tanto bien hacían.)

Cuarta. Conseguida la edición de narraciones en prosa, romances y láminas murales —

para la cual el SEM (Sindicato Español del Magisterio) deberían abrir sendos concursos nacionales—, el maestro podrá utilizarlo como sigue: las narraciones, para las lecturas ordinarias; los romanceros, para que el niño los aprenda de memoria y, en cuanto a las láminas, yo propondría que con cierto ritmo —semanal o bisemanal, aparte de los días conmemorativos—, el maestro, ante la clase formada a la vista de la lámina, hiciese un relato emocionado, entusiasta, a tono con nuestro estilo poético y con el alma infantil, acerca de lo representado por aquélla. Podría incluso llegarse a que niños mayores, bien escogidos, sustituyesen, en ocasiones, al maestro en esta tarea, pero siempre ante su presencia.

Quinta. Del mismo modo que se educa la vitalidad fundamental mediante la solución indicada, podría hacerse otro tanto —si bien reducido el medio o la simple lectura de narraciones— en orden al entusiasmo vocacional científico, artístico y artesano [...]

Pido perdón por la larga cita, pero creo que el texto es fuertemente ilustrativo, pues no sólo recoge los rasgos de la ideología anteriormente señalados —y lo hace con vistas a la práctica— sino que, además, descubre sin quererlo la debilidad fundamental de esta concepción: su inutilidad.

El término puede parecer excesivo o desajustado, pero no lo es tanto. Ciertamente, esta concepción fue muy útil para ejercer el control, para aglutinar a sectores muy concretos de la pequeña burguesía campesina, pero no era una alternativa útil para la burguesía urbana e industrial que, a fin de cuentas, había de desarrollar al país. Las propuestas pedagógicas (?) que Laín hace —y que no son sino las viejas propuestas, los viejos trucos que nos tocó sufrir a través del maestro nacionalista o del hermano de las escuelas cristianas— están muy por debajo de los niveles exigidos por un sistema de enseñanza burgués, y seguirlas, o seguir cosas parecidas, es lo que produjo, entre otras cosas, la aguda crisis de la enseñanza que la Ley General de Educación intentó paliar.

Cuando Pilar Primo de Rivera habla de “La formación espiritual de la mujer en el nuevo Estado” (Ibid., n. 1, Madrid, enero de 1941), está pensando en una mujer para la patria, el hogar y los hijos, es decir, una buena madre-nacional-ama de casa, no la mujer en la sociedad industrial. Cuando en el número 2 de la misma publicación se propone una reforma de la facultad de Ciencias, lo primero que se indica es la urgencia de la selectividad...

Este es el punto que me parece fundamental para explicar el cambio ideológico en el seno del bloque dominante en este periodo: las diversas concepciones ideológicas de los sectores anteriormente citados, según la división de Elías Díaz, satisfacían exclusivamente

los intereses de las capas que constituían su apoyo social, pero eran incapaces de, primero, aglutinar los intereses fundamentales de todo el bloque en una concepción englobante y, segundo, lograr una transformación positiva de lo real, la reconstrucción del país. En esta doble incapacidad se encuentra la clave de la crisis de hegemonía que el bloque sufría.

En la lucha por la hegemonía se utilizaron todas las armas: si la Falange aprovechó al máximo las cotas de poder alcanzadas en la estructuración del nuevo Estado, la Iglesia disponía de amplias posiciones de poder anteriores a la contienda y ahora acrecentadas, mientras que los hombres de la ACNP iban a jugar su baza más fuerte tras la victoria aliada en la guerra mundial. La inestabilidad del bloque se debía a la continuación de la guerra mundial. La inestabilidad del bloque se debía a la continuación de la guerra en el interior del país con los “maquis” cuanto a la incapacidad de resolver la crisis. Los éxitos diplomáticos que empiezan a obtenerse tras el comienzo de la “guerra fría” introducen un factor de reconocimiento y estabilidad que proyecta la hegemonía del bloque sobre unos de sus componentes, el capital financiero y los políticos que más y mejor expresan o representan sus intereses, la ACNP. Pero este proyecto es a largo plazo, la complejidad del aparato montado por las restantes capas del bloque impide cualquier operación de desmontaje apresurado. Por otra parte, no está tampoco claro que esa operación se intentase llevar a cabo con tanta premura como algunos de sus protagonistas dicen hoy: la presencia del aparato político del Movimiento era una cobertura para explicar el lento ritmo de la reconversión.

Al socaire de la nueva situación creada por los acontecimientos, el neoliberalismo burgués empieza a cobrar unos vuelos —al menos en sus aspectos más culturales, a fin de llenar un vacío que ninguno de los aparatos del bloque dominante había sido capaz de llenar— que desatan multitud de recelos. La historia de la oposición Julián Marías/escolásticos es un episodio doméstico más en esta serie. En 1948, Ortega funda en Madrid el Instituto de Humanidades, en el que al año siguiente (curso 1949-50) explica ese monumento a la banalidad burguesa que es su curso *El hombre y la gente*. Algunas de las antiguas cabezas de Falange Española empiezan a hablar de *integrar*, de *comprender*, de *abandonar las exclusiones*, y tratan de explicar su recientemente pasado extremismo con el supuesto extremismo de los que, ya, han sido eliminado o desterrados.

La lucha por la hegemonía ideológica se había extendido a todos los campos de la producción cultural, pero era más tolerada, y por tanto más perceptible, en aquellos sectores que por su carácter restringido incidían menos directamente sobre las ideas establecidas y permitían mantener la propaganda de la unidad y la firmeza, la apariencia de

un bloque sin fisuras. Sectores muy expresivos de ese enfrentamiento son la Universidad, la producción filosófica y ensayística, etcétera.

Desde un comienzo, la alternativa al pensamiento liberal —que había dominado claramente en el seno del aparato de producción cultural hasta 1936— empieza a elaborarse por dos vías distintas y, hasta cierto punto, contrapuestas, por lo que no es de extrañar que finalmente una se hiciese de la hegemonía. Estas dos vías pueden vislumbrarse a través de sus principales manifestaciones: una de ellas es la ya citada revista *Escorial*, otra el grupo defensor del tomismo ligado íntimamente ocupará posiciones en el aparato de enseñanza y en el CSIC (Consejo Superior de Investigación Científica). Dos revistas son ilustrativas de esta segunda tendencia: *Razón y Fe* y *Arbor*. Cabe adelantar que frente a la coherencia inicial, del primer grupo, este segundo es, como veremos, mucho más complejo y desigual.

El grupo de la revista *Escorial* suele caracterizarse actualmente como el sector cultural ligado a un “falangismo liberal”, y así lo hemos venido denominando en las páginas anteriores. En su seno encontramos figuras importantes para la historia del pensamiento español de la posguerra, el ensayo y la filosofía. Entre todas destaca la de Xavier Zubiri.² Los textos de Zubiri se proponían con mayor seriedad y rigor aquello que los articulistas de *Jerarquía*, *Revista de Estudios Políticos* y *Revista Nacional de Educación* habían intentado y, en algunos casos excepcionales, continuarían intentando. En la formalización de esa ideología de recambio que, por una parte, legitimase la novedad de lo que se estaba imponiendo y, por otra, combatiese eficazmente a la ideología liberal y aun socialista, no era posible prescindir de los problemas que éstas decían resolver, ni dejar vacíos o proponer genialidades verbales. La fusión de Balmes y Heidegger que habían proporcionado retóricamente los articulistas de *Jerarquía* no era suficiente y además era increíble. Una cultura de orden exigía una filosofía ordenada y ésta no podía comprenderse en la predicación de un malsonante ser-para-la-muerte. La tarea de Zubiri consistió en cimentar esa filosofía ordenada y, a la vez, novedosa: los presocráticos ocuparon su lugar perdido; la ciencia —especialmente la ciencia por excelencia, la física— podía ser pensada filosóficamente, la lingüística y la historia, los clásicos de la Filosofía, aparecían bajo una luz que no era la de los manuales.

La trascendencia de Zubiri consistió, entre otras cosas, en que había leído a aquellos de quienes hablaba, lo que no estaba al alcance de todos los españoles ni de los aprendices de filósofo. Su rigor —hoy, en la relectura de sus textos podemos verlo con cierta claridad—

2 Cf. Javier Sàbada, “X. Zubiri”. *Zona Abierta*, 3, Madrid, 1975.

no era sino el resultado de cierto conocimiento y familiaridad con los textos y con las teorías. Su tarea se aproximaba mucho a la del historiador de la filosofía, algo de lo que habíamos carecido y que en los años cuarenta resultaba notablemente encubierto por la apariencia de originalidad.

Ahora bien, ese rigor no era suficiente, como lo era la articulación de las ciencias o de la historia y la historia de la filosofía. Todos estos puntos ensamblaban en un conjunto del que *Naturaleza Historia Dios* no es sino la expresión acabada. El cómputo conducía a una metafísica implícita —serían necesarios bastantes años para explicarla: *Sobre la esencia*— y a una teodicea. La práctica filosófica en la que el autor *se encerraba*, al elitismo. Y cómo no iba a ser elitista hablando de los presocráticos, exponiendo a Hegel o a Kant, a Bergson o a Heidegger, cuando estos autores eran inaccesibles y, desde el punto de vista de la cultura dominante, inútiles.

Porque éste es, quizá, el punto clave: el grupo de *Escorial*, con Zubiri a la cabeza, era, para la cultura dominante, un grupo inútil y molesto: su mera presencia ponía de relieve el vacío en que aquella cultura y sus detentadores se movían, revelaban que toda la retórica no era sino oropel y fanfarria. Su limitado poder cultural pronto habían de ser suprimido, y precisamente para mejorar la imagen del país de cara a Europa. El grupo de *Escorial*, aunque hoy se encasille en un hipotético “falangismo liberal”, era entonces la más clara manifestación de una cultura fascista en ciernes, intensos no logrados de crearla o, al menos, de esbozarla. Su importancia —y la importancia de su inutilidad— radicaba precisamente en la seriedad con la abordaban el empeño: querían elaborar una teoría de recambio, una concepción del mundo de recambio, no sólo recambiar la propaganda. Por otra parte, el grupo, al menos algunos de sus miembros, no era bien visto por aquellos que se consideraban llamados a la dirección espiritual del país, la Iglesia. Algunos de los rasgos podían parecer heterodoxos para una Iglesia fuertemente esclerotizada, con espíritu de cruzada, embarcada en una aventura que había de traer en pocos años un deterioro como hasta entonces no había sufrido.

La segunda tendencia se instalaba en un aparato de poder cultural ya establecido y notablemente más poderoso. Los filósofos tomistas, ligados más o menos directamente a la Compañía de Jesús, al Opus Dei o a otras órdenes religiosas de menor importancia, emprendieron la batalla en diversos frentes, todos muy concretos:

—Se apoderaron del aparato cultural, especialmente el sector de la enseñanza media y superior y del CSIC, estableciendo un férreo control burocrático de cualquier tipo de

actividades en este sector.³

—Intentaron llenar de contenido el aparato ideológico de las masas mediante la publicación de manuales y divulgaciones de diverso uso. En este mismo sentido, intentaron controlar la industria cultural aún incipiente, a través de editoriales, revistas y publicaciones de todo tipo.

—Se enfrentaron frontalmente con las manifestaciones más célebres de la ideología liberal, especialmente la filosofía de Ortega y sus discípulos. La polémica en torno a Ortega fue uno de los actos del enfrentamiento. La batalla por la cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid —que finalmente fue concedida a un “pensador” tomista, el actual rector Ángel González Álvarez— fue otra de las batallas ganadas. Una vez más, ganadas tardíamente, pues ya empezaban a soplar vientos nuevos en la Universidad y en el aparato cultural en su conjunto.

Este enfrentamiento con el pensamiento liberal —que en el terreno ideológico se consideraba como el principal enemigo— recordaba profundamente momentos anteriores de la historia del país: la desamortización, la situación conflictiva durante la Segunda República. Poseía el mismo aire belicoso y, casi siempre, manejaba argumentos semejantes. La Iglesia en su conjunto no había aprendido nada de la historia. El franquismo se lo ha hecho a prender.

En un aparato cultural y una universidad fuertemente jerarquizados y politizados (burocráticamente), estas posiciones de poder fueron decisivas, pero incapaces de generar un ideología satisfactoria para nadie, salvo para ellos mismo y sus acólitos.

Para nadie quiere decir aquí:

—Insatisfactoria para una burguesía que pretendía dar el paso a una sociedad industrial y que no podía hacerlo atada por las contradicciones que ella misma había creado. El tomismo no era sino la parcela filosófica de la ideología de una Iglesia fuertemente ligada, en aquellos momentos, a la gran burguesía y aristocracia latifundista, es decir, a los sectores hegemónicos de una sociedad agraria en trance de desaparecer.

—Insatisfactoria para los estudiantes e intelectuales de corte falangista ligados al Sindicato de Estudiantes Universitarios (SEU), que no encontraban en ella ninguna de las notas que podían hacer atractiva una ideología: ni el riesgo intelectual, ni la brillantez, sólo una fisonomía roma y chata, inútil para pensar el contexto y apta para ganar oposiciones. Algunos de los intelectuales posteriormente más críticos habrían de salir, si no me

3 Varios autores, *La enseñanza en España*, Madrid, 1974. i. Fdez. de Castro, *Reforma educativa y desarrollo capitalista*, Madrid, 1973. L. Gómez Llorente, “Los caminos de la enseñanza general básica y media”, en *Cuadernos para el Diálogo*, Extr. XXXVIII, Madrid, 1973.

equivoco, de ese sector.

—Insatisfactoria desde el punto de vista del intelectual y el filósofo riguroso, que no podía asentir a una tendencia que, consagrando el silogismo, se olvidaba del avance de la lógica, del desarrollo cultural había a lo largo de siete siglos, que hablaba del espacio y el tiempo en términos especulativos y del ser y la esencia ignorando el materialismo.

Pero esta insatisfacción era, paradójicamente, enormemente satisfactoria: el tomismo de este cuño hacía suyo y encarnaba uno de los asertos más queridos de la derecha española: “Lejos de nosotros la funesta manía de pensar... “En este punto, ganaba todas las bazas a X. Zubiri, los coqueteos ensayístico-existencialistas de Pedro Laín, o el aristocratismo intelectual de Ortega. Si la derecha necesitaba control y no ideología, su apuesta por el tomismo era una apuesta con éxito. La filosofía empezaba a ser una *filosofía oficial* —lo que es una contradicción en sus términos— que no afirmaba: controlaba.

2. LA QUIEBRA DE LA AUTARQUÍA

Año 1951. Voy a citar tres hechos: Estados Unidos acaba de nombrar embajador de Madrid, Ruiz Giménez es nombrado ministro de Educación, se producen movimientos huelguísticos extraordinariamente importantes en Cataluña y el País Vasco y, en menor medida, en Madrid. Estos tres hechos tienen relación con el cambio ideológico. El embajador norteamericano, tras la liquidación de la guerrilla que había alentado desde la guerra civil, es indicio de la consolidación del bloque dominante. La presencia de Ruiz Jiménez en el gobierno parece responder a un reparto de los puestos políticos más acorde con su real poder en el seno del bloque, aunque quizá en este punto sea más expresiva la presencia y la política de Arburúa, que potencia decisivamente un capital financiero que ha adquirido una considerable base de poder en los años anteriores. El movimiento obrero es expresión inequívoca de que el proletariado entra en una nueva fase.

Hay una serie de puntos que, en atención a nuestro tema, conviene aclarar: 1] ¿es Ruiz Jiménez “la única genuina esperanza de apertura brindada por el sistema”, con palabras de Aranguren, o, con palabras más enfáticas de F. Sopeña, trataba de realizar “la labor de liberalización, de tolerancia, de diálogo con Europa” que España, la Universidad en primer lugar, necesitaba?; 2] ¿Cuál es el reparto ideológico y cómo se configuran los diversos frentes?

Contra lo que pudiera pensarse por el modo de formularla, la primera pregunta no es personal. Si se formula así es por que así viene siendo formulada en los textos al uso,

proyectando sobre aquello que entonces era la base social de Ruiz Jiménez al Ruiz Jiménez de ahora.⁴

Si pasamos a cuestiones más concretas de la gestión de Ruiz Jiménez, podremos liquidar la proyección mitificadora y racionalizar la respuesta. Su papel estaba en:

—Introducir (o permitir, o incitar a entrar) a intelectuales liberales en la Universidad.

—Organizar jurídicamente la Universidad.

—Aplicar una política más tolerante que su predecesor en el Ministerio de Educación Nacional (MEN).

—Gestionar el concordato con la Santa Sede.

Sobre estas cuatro cuestiones conviene puntualizar:

—Los nuevos intelectuales que acceden a la Universidad no son, de ninguna manera, revolucionarios. Son tímidos intelectuales burgueses —el “funcionalismo” que caracteriza en este momento a Tierno Galván es una buena expresión teórica de este fenómeno—, moderadamente liberales, casi siempre desbordados por el todavía incipiente movimiento estudiantil. Su atractivo es grande en un estrato académico dominado por el más cerrado de los reaccionarismos. Sus libros parecen escritos en castellano, hablando un lenguaje coloquial que la ideología académica había perdido. Son capaces de sobrevivir sin depender del “cuerpo” ni del aparato político.

—La organización jurídica de la Universidad pretende terminar con el protagonismo personal sustituyéndolo por la legalidad establecida. Es, quizá, uno de los aspectos negativos de la gestión de Ruiz Jiménez, pues la legalidad que se establece encaja perfectamente en los moldes dictatoriales.

—La política más tolerante tiende a restringir la influencia del aparato político del Movimiento. A pesar de su timidez, las reivindicaciones de libertad de expresión, reunión, etcétera, que deseaban arbitrarse no fueron toleradas por el bloque dominante que vio en la política de Ruiz Jiménez veleidades capaces de poner en peligro la hegemonía. Fue cesado en su cargo.

—El Concordato puso en manos de la Iglesia —y no de sus sectores más progresivos sino todo lo contrario— un enorme poder, a la vez que consolidaba la situación del bloque dominante y suponía un éxito para la fracción que empezaba a ejercer la hegemonía.

Por todo esto, cabe pensar que la política de Ruiz Jiménez —no exenta de contradicciones— satisfacía objetivamente los intereses del capitalismo financiero que, en el campo ideológico, pretendía abandonar ya una concepción inservible para sus

⁴ Especialmente en los artículos citados de Elías Díaz.

propósitos, sustituyéndola por una ideología burguesa moderada. La dificultad —todavía lo es— era desalojar a los representantes de las otras capas del bloque de sus posiciones burocráticas de poder y control. No menor dificultad podía hallarse en la pretensión de impedir que semejante política cultural fuera desbordada, como así sucedió. La crisis abierta por el ministro Ruiz Jiménez era la primera manifestación de una serie que aparecería ya endémicamente en los años sucesivos: la imposibilidad del sistema para librarse de sus propias contradicciones.

Pero sería completamente inadecuado pensar que la política Ruiz Jiménez era la única opción ideológica que podía esgrimir la fracción hegemónica. El catolicismo integrista que, en sus variadas formas, se había hecho con el poder en el seno del aparato cultural, parecía, y de hecho lo iba a ser, una opción realista. En su favor no había más que ventajas:

—Su posición de poder en el seno del aparato lo colocaba en una situación favorable.

—Su capacidad de control ideológico se asentaba en bases firmes: el sistema de enseñanza a todos los niveles, la censura, los medios de comunicación...

—Su integrismo le permitía plantear la operación de desplazamiento de los sectores tradicionales del movimiento no como un enfrentamiento sino a nivel competitivo: ellos podían hacer mejor lo que éstos tenían encomendado.

Naturalmente, pensar que este tipo de operaciones pueden llevarse a cabo sin grandes costos en una ilusión que sólo la simplista mentecatez del tecnócrata puede albergar. Pero ese simplismo se desató violentamente en un frente que colocaba a la política de Ruiz Jiménez en una órbita bien distinta a la que le correspondía. Elías Díaz ha señalado a este respecto:

...frente a estas y otras interpretaciones del “falangismo liberal” de Laín y Ridruejo como hombres quizá más representativos, la crítica integrista de estos años responderá, confusa, en dos frentes bastante incoherentes: uno acusando a estos intelectuales de izquierdas, de republicanos, de socialistas, de convivencias con el 98, con el krausismo, con el exilio, etcétera; otro, explotando al máximo los antiguos momentos totalitarios de dicho equipo falangista (real en algunos casos, aunque no exclusivo de ellos, por supuesto). Calvo Serer —predicando entonces la doctrina de la tercera fuerza— será por esos años el máximo exponente de esa crítica ambigua, que se utiliza para crear la desconfianza hacia aquéllos, tanto en el interior (por izquierdistas) como en el exterior (por totalitarios fascistas). En esa tesis, Ruiz Jiménez representaba la “defección de los demócratas cristianos complacientes”, acogiendo en el seno del sistema a tales

“oportunistas revolucionarios” (*Sistema*, n. 2, página 116. Madrid, 1973).

Nada hay que añadir a lo que escribe Elías Díaz, salvo una cosa de cierta importancia: lo que visto desde una perspectiva estrictamente intelectual puede parecer incoherente o ambiguo, deja de serlo en una perspectiva de clase. La campaña de Calvo Serer era de una coherencia extrema en la búsqueda de la hegemonía ideológica en la situación de crisis por la que el país atravesaba. Sus violentos ataques contra cualquier asomo de liberalismo tendían a configurar un bloque sin fisuras que fuera un buen paraguas ideológico de la dominación económica y explícita.

En esta situación, la ideología y los ideólogos de “tinte liberal” emprendían una acción importante: levantaban las tapias de su propio gueto. El mundo de la cultura empezaba a ser otro mundo. *La espera y la esperanza*, de Laín Entralgo, la *Ética* de López Aranguren, *El intelectual y su mundo* y *El oficio del pensamiento*, de Julián Marías, aparecidos entre 1956 y 1958, dan la medida de sus posibilidades. Ciertamente, su solidez teórica, incluso su corrección sintáctica, están bastante lejos de la “literatura de combate” del Padre Ramírez (*La filosofía de Ortega y Gasset*, 1958) o de Vicente Marrero, pero esa solidez sólo es valorable en una estructura y un mercado culturales distintos. Aquí produce el aislamiento que se compensa con una actitud notablemente tradicional: el desdoblamiento; lo que no se plantea en los textos teóricos se aborda indirectamente en la firma de cartas dirigidas a la opinión pública o en ese sucedáneo de las formas que son los artículos políticos o parapolíticos en las revistas de París, especialmente *Cuadernos del Congreso para la Libertad de la Cultura*.

La muerte de la “combatividad” en el seno de la ideología burguesa más progresista anuncia el final de una etapa, y se empieza a valorar más la solidez teórica, la calidad, que las hasta entonces consideradas virtudes máximas. En este sentido, los planteamientos integristas de Calvo Serer, primero, de Ramírez o Marrero después, tienen poca visión de futuro. La aparición del llamado “talante neopositivista”, que tantos han centrado en la figura de Tierno Galván, se inserta igualmente en este proceso. Ahora bien, como todos los comienzos, ésta es balbuceante: para que se llevase a cabo era necesario que se transformara el aparato cultural y preferentemente el sistema de enseñanza y la industria de la cultura. El gueto sólo funciona bien cuando puede sobrevivir en su aislamiento, cuando las tapias lo protegen de las embestidas cotidianas. Estas tapias no son sino la seguridad del poder burocrático y académico en el jerarquizado sistema de enseñanza y el poder de dominación del mercado en la industria cultural. Alcanza aquella seguridad era bastante difícil a finales de los cincuenta —y todavía lo es hoy día—, lograr ese poder

implica crear primero el mercado, lo que no era factible sin una Ley de Prensa que alterara el viejo corsé del control administrativo.

Es la Universidad autárquica de los cincuenta se producen dos fenómenos irreversibles: el aumento y consolidación del estudiantado que empieza a manejar opciones políticas diversas a las del poder; la entrada, temida, de algunos profesores con una mentalidad intelectual más abierta. Nada de esto permite hablar de una Universidad masificada, continuaba siendo profundamente elitista pero también diversa.⁵ A partir de ese instante, el tomismo empieza a ser desbordado. Como el sistema de cátedras vitalicias, oposiciones, etcétera, impedía eliminarlo o desplazarlo en su medio, fue marginado. Marginado por los estudiantes, por las jóvenes promociones de filósofos, por las nuevas publicaciones — pocas— que aparecieron, finalmente por la industria cultural que iniciaba el despegue, posteriormente confirmado en los años sesenta. Esta marginación era fácilmente explicable y bastante sencilla, pues en el momento en que se conociera algo de filosofía moderna y contemporánea, el tomismo caía por su propio peso, por su falta de rigor científico, por su pedestre terminología, su inadecuación a los problemas planteados y al contexto social y cultural que se estaba configurando. Pero lo sorprendente —quizá no tan sorprendente si se piensa un poco— es que con su caída arrastró también a su contrario, el orteguismo. La hora de una filosofía de corte vitalista/historicista, liberal y aristocrática, más risueña en su expresión que rigurosa en sus construcciones teóricas, más divulgadora que exigente, la hora de una filosofía así había pasado.

Las grietas se produjeron en dos sentidos bien distintos y a través de revistas como *Theoría*, publicaciones monográficas de carácter minoritario y tesis doctorales y memorias de licenciatura que aún se mantienen inéditas. Por una parte, se inicia el estudio y la divulgación de la que en forma un tanto aproximada podemos denominar filosofía de la ciencia (Sánchez Maras, especialmente, pero V. Sánchez de Zavala y, en perspectiva bien diferente, Carlos París), por otra se despierta un gran interés, aunque momentáneo, por el existencialismo y, concretamente, por Martín Heidegger (Manuel Sacristán y José Rodríguez). Este heideggerianismo tímido, que fue abandonado rápidamente por los mismos que en él se habían interesado, no llegó a configurarse como alternativa u opción en la institución universitaria ni en la industria de la cultura. Estaba cargado de un pasado que pensaba excesivamente sobre él y sólo tuvo vigencia mientras se enfrentó, como una tendencia diferente más, al escolasticismo. Sucedió de manera bien diferente con otras

5 Cf. El citado libro de Carlos París, y Equipo Comunicación, “Universidad y cambio social en España”, en *Cuadernos para el Diálogo*, Extr. XXXVIII, Madrid, 1973. Una muy completa información del movimiento universitario y sus reivindicaciones puede encontrarse en la colección de la revista *Realidad*.

formas de existencialismo, especialmente sartriano, que alcanzaron gran predicamento en los medios intelectuales no filosóficos y entre el estudiantado.

Sin embargo, en cualquier caso, los estudios sobre Heidegger —por ejemplo los de Manuel Sacristán— sirvieron para devolver a este filósofo una imagen más coherente, imagen perdida en los textos ya citados de la guerra y la posguerra. Heidegger tenía bastante poco que ver con lo que por tal se nos había facilitado y la única forma de hacerlo inteligible era comprenderlo en el seno de la filosofía contemporánea.

Aparte de su mayor o menor éxito, de su carácter restringido, estas grietas, que coincidían con ciertos cambios en la institución universitaria (el caso más conocido es el del profesor Aranguren), suponía un salto importante: por primera la filosofía problematizaba su objeto, su papel y su función, y lo hacía mirando a la actividad científica y a la ideología vigente. Por primera vez, se abría una vía considerable —por su atractivo— en el sólido frente tomista. Por primera vez, se ponía de manifiesto la posibilidad de configurar una revista filosófica de cariz distinto, y sobre todo una revista viva.

Esta reflexión levantaba acta del precario nivel ideológico del tomismo y enlazaba con el movimiento cultural que alcanzaba su cima en la segunda mitad de la década de los cincuenta, tras el fallido Congreso de Escritores Jóvenes y ante el desarrollo del realismo crítico.

No creo que la incipiente filosofía de la ciencia y los estudios sobre Heidegger puedan enlazarse mecánicamente con la evolución de la burguesía, aunque existan similitudes llamativas. Al igual que sucede con el tomismo, también ésta es la época en que la estructura del poder burgués se transforma, una vez que las capas que obtuvieron la hegemonía política tras la guerra civil han agotado —y fracasado en— sus soluciones. La pequeña burguesía y el aparato burocrático y falangista que había sido el instrumento del capitalismo financiero, se convierten en una rémora para este mismo sector capitalista, rémora difícil de liquidar, como hoy mismo puede verse.

Esta alteración de la línea seguida hasta entonces ha sido considerada siempre como un cambio fundamental, pero en sus análisis se ha insistido frecuentemente en los aspectos más directamente políticos. Guy Hermet, por ejemplo, en su célebre *Los comunistas en España* (París, 1972) se refiere al abandono de la “lucha armada”, la importancia, incluso preferencia, de la vía pacífica y de los medios legales sobre los ilegales. De la misma forma ha insistido en el alíancismo subyacente a la nueva línea.

Pienso que el asunto puede entenderse de otra forma y que revela algo más que un

simple cambio táctico. La consolidación internacional del régimen y el notable desarrollo de los aparatos del Estado habían conducido al convencimiento de la inviabilidad de la toma del poder por parte del proletariado con sus propias fuerzas o, en todo caso, de los excesivos costos y riesgos que tal pretensión conllevaba. La transformación debía emprenderse entonces por otro camino, ciertamente largo, que aglutinara a la clase obrera y a aquellas fracciones de la burguesía más dañadas por la política económica y social del régimen. Ello exigía aumentar la presión sobre el bloque dominante, incapaz de resolver sus propias contradicciones, y poner así de manifiesto que la única salida era la formación de un nuevo bloque en el que la clase obrera detentara la hegemonía. La situación producida por la política autárquica daba visos de realismo esta propuesta, pues parecía abrirse una crisis de hegemonía en el bloque dominante que éste no podía solucionar. El aumento de conflictividad y la ofensiva ideológica que se iniciaba en todos los terrenos eran, igualmente, factores que corroboraban el diagnóstico. Sin embargo, el desenlace de los acontecimientos enseñó que el proceso iba a ser más complejo y más lento.

Ahora bien, en el campo filosófico existe una diferencia fundamental que impide —si lo intentásemos— proceder por reflejo: la oposición al tomismo no nace desde posiciones de poder sino desde planteamientos cultural ideológicamente muy alejados. Las posiciones de poder filosófico sólo empiezan a ser paulatinamente socavadas en los años sesenta. Se trata, pues, de un problema estrictamente filosófico y cultural que enlaza con las transformaciones político-sociales y económicas a través de una larga serie de mediaciones: el fracaso y agotamiento de aquel sector de la burguesía que obtuvo la hegemonía política tras la guerra civil —fracaso y agotamiento fuertemente alentados por el movimiento obrero y estudiantil, entonces en una fase creciente—, hizo pensar en el próximo y rápido hundimiento del sistema, por lo que la cultura —crítica cultural y creaciones— se puso al servicio de este cambio inmediato, como arma cargada de futuro dispuesta a transformar el mundo. Los poetas se echaban a la calle, parafraseando a uno de ellos.

La filosofía no se sustrajo a esta dinámica cultural y social. Rápidamente se abandonaron los estudios del existencialismo y de Heidegger, para iniciar la lectura del marxismo, difícil lectura dado el bajo nivel bibliográfico existente, casi siempre marxismo “aplicado a” las ciencias humanas y sociales. Simultáneamente, aquella filosofía de la ciencia incipiente se transformaba en un neopositivismo lógico interesado en la filosofía del lenguaje, la lógica, la filosofía analítica y la ciencia... En otras palabras, quedaban puestos los fundamentos de la etapa siguiente.

La salida de la *autarquía* había producido un desmesurado aumento en el alza del costo de la vida, retroceso en la capacidad adquisitiva de los salarios y, consecuentemente, aumento de la conflictividad laboral que, por unas y otras razones, conectó con capas no estrictamente proletarias. Nada de esto era ajeno a la transformación de la línea política que se producía en el seno de las organizaciones (clandestinas) del proletariado. En junio de 1956, el PCE proponía su política de Reconciliación Nacional y lucha por las libertades, afirmando que existía la posibilidad de entendimiento entre fuerzas que habían combatido veinte años antes en campos opuestos.

Esta alteración de la línea seguida hasta entonces ha sido considerada siempre como un cambio fundamental, pero en sus análisis se ha insistido frecuentemente en los aspectos más directamente políticos. Guy Hermet, por ejemplo, en su célebre *Los comunistas en España* (París, 1972) se refiere al abandono de la “lucha armada”, la importancia, incluso preferencia, de la vía pacífica y de los medios legales sobre los ilegales. De la misma forma ha insistido en el aliancismo subyacente a la nueva línea.

Pienso que el asunto puede entenderse de otra forma y que revela algo más que un simple cambio táctico. La consolidación internacional del régimen y el notable desarrollo de los aparatos del Estado habían conducido al convencimiento de la inviabilidad de la toma del poder por parte del proletariado con sus propias fuerzas o, en todo caso, de los excesivos costos y riesgos que tal pretensión conllevaba. La transformación debía emprenderse entonces por otro camino, ciertamente largo, que aglutinara a la clase obrera y aquellas fracciones de la burguesía más dañadas por la política económica y social del régimen. Ello exigía aumentar la presión sobre el bloque dominante, incapaz de resolver sus propias contradicciones, y poner así de manifiesto que la única salida era la formación de un nuevo bloque en el que la clase obrera detentara la hegemonía. La situación producida por la política autárquica daba visos de realismo a esta propuesta, pues parecía abrirse una crisis de hegemonía en el bloque dominante que éste no podía solucionar. El aumento de conflictividad y la ofensiva ideológica que se iniciaba en todos los terrenos eran, igualmente, factores que corroboraban el diagnóstico. Sin embargo, el desenlace de los acontecimientos enseñó que el proceso iba a ser más complejo y más lento.

Por una parte, se había considerado que el Régimen, aislado, había perdido completamente su base social. La llamada a la reconciliación podía entenderse así como una unión de las diversas clases y capas en contra de un aparato debilitado y contrario a los intereses de todos. El aparato estaba ciertamente debilitado, pero no tan aislado como se pensaba. La dificultad de la política de reconciliación se centraba básicamente en las

todavía estrechas relaciones del régimen no sólo con la oligarquía, sino con amplios sectores de la burguesía.

Por otra, existían posibilidades de recambio en el aparato político, como la subida de Opus-Tecnocracia se encargaría de demostrar.

3. LA CRISIS DE LA ESTABILIZACIÓN AL DESARROLLO

La crisis producida por la salida de la autarquía iba a resolverse en un proceso arriesgado para el bloque dominante, conjugando factores económicos, sociales, políticos e ideológicos. Aunque son estos últimos los que preocupan a nuestro tema, difícilmente se comprenderían sin hacer, al menos, alguna referencia a los restantes, que, por otra parte, son de sobra conocidos.

El plan de Estabilización es el que, por su importancia, domina y denomina al periodo. Además de los resonantes efectos económicos de todos conocidos, el Plan tuvo consecuencias políticas de primer orden. La drástica reducción de los ingresos, aumento del desempleo, inestabilidad en el empleo que lo acompañan, situaron a la clase obrera en un momento de debilidad en el que, sin embargo, se produjeron fuertes conflictos. Simultáneamente se intenta reformar la legislación laboral, que se mantenía aún como en los tiempos de la guerra y la posguerra, con los convenios colectivos de trabajo (1958). Se pretende dar una imagen de constitucionalidad con los principios del Movimiento (1958). Se sustituye la legislación represiva por la Ley de Orden Público a la vez que se aumenta la represión sobre las organizaciones ilegales. Se acentúa la emigración de trabajadores a Europa.

Aunque las medidas pueden parecer heterogéneas, creo que se orientan fácilmente en dos sentidos: control y resolución de la crisis económica y social junto con remodelación del aparato político. Esta remodelación no es, sin embargo, total, puesto que los sectores más ligados al Movimiento conservan todavía buena parte de su poder: la Organización Sindical y la estructura de Secretaría General del Movimiento, así como instituciones que con el paso de los años montarían una relevancia que nadie esperaba: tal sucede con el Congreso Nacional del Movimiento y, en menor medida, con las Cortes. Los límites de esta remodelación no son caprichosos, la Organización Sindical constituye el mayor aparato de integración del proletariado con que se cuenta, más necesario ahora cuando el proletariado tiene a la constitución de una alternativa capaz de dar respuestas globales: la Comisiones Obreras.

Esta situación necesita un recambio ideológico, tanto más preciso cuanto que el bloque dominante está perdiendo en este terreno capacidad y verosimilitud. La ideología va a ser la *desideologización*, que alcanza muchas versiones y facetas: desde la explícita declaración de muerte de las ideologías (Fernández de Mora) y su versión atenuada de que las viejas divisiones *izquierda y derecha* están superadas (sic), hasta el planteamiento desarrollista y consumista que empezaba a esbozarse a partir del año 1962. El desarrollismo y el consumismo son quizá el esfuerzo más notable de la fracción hegemónica para ampliar su base social en el seno de la burguesía. Olvidada cualquier pretensión, si es que alguna vez la hubo, de integrar a la clase obrera, cada vez más activa a través de sus organizaciones propias, el interés de la fracción hegemónica se centra ahora en recuperar el casi perdido apoyo de una burguesía urbana que había visto deteriorarse considerablemente sus condiciones de vida con la crisis de la salida de la autarquía; si no lo había perdido del todo es más por miedo que otra cosa. El modo de invertir favorablemente esta situación es potenciar el consumo y los servicios, convertir al país en un país europeo. Acercarnos a Europa y aumentar la productividad, es decir, la explotación, son el leitmotiv de esta ideología, y no como cosas separadas sino casualmente relacionadas. Ullastres lo dijo con toda claridad en 1962:

Si la introducción de salarios europeos fuese acompañada automáticamente de una mejora de la productividad en todas las actividades económicas, instantánea y total, nosotros podríamos mañana integrarnos en el Mercado Común con una adhesión plenísima, porque habríamos alcanzado la productividad europea con salarios europeos [...]. Pero no es así, y por eso tenemos que plantearnos como problema número uno de la economía española de estos años próximos, una vez más, el problema del incremento de la productividad. (Discurso en la II Feria Técnica de la Máquina, Pueblo, 5-111.1962.)

La contestación a esta "argumentación" fue contundente: las huelgas de Asturias, de dos meses de duración, abrían uno de los periodos más álgidos del conflicto de clases. El País Vasco, Cataluña y Madrid son los focos más destacados. La concentración de Alféreces Provisionales en Garabitas (27 de mayo) es el reverso de la medalla que pone de manifiesto los recursos del bloque y la importancia que para su subsistencia tienen aquellas fracciones que un tanto apresuradamente podrían haberse postergado.

No obstante, a pesar de los esfuerzos de la fracción hegemónica por aumentar la base social —esfuerzos que serán parcialmente compensados—, las fisuras en el seno de la clase dominante son evidentes. El temor de que los tecnócratas no sean capaces de dominar la situación, o que para hacerlo tengan que romper la primacía conquistada en

favor del viejo aparato político, se pone de manifiesto.

La crisis va a coincidir con un auge inusitado de la actividad intelectual en la oposición. El desarrollo de un arte y una cultura ligados directamente a la transformación social y política, la consideración de la cultura como instrumento de cambio y el intelectual y el artista como ciudadanos comprometidos, son perceptibles en los principales sectores de la producción cultural.⁶ En el campo literario de 1959 a 1962 se publican obras extraordinariamente representativas: *La piqueta* de Antonio Ferres, *Nuevas amistades* de Juan García Hortelano, *La mina* de Armando López Salinas, *La zanja* de Alfonso Grosso, *Caminando por las Hurdes* de Ferres y López Salinas, *Veinte años de poesía española. Antología 1939-1959* de José Ma. Castellet, *La fiebre* de Ramón Nieto, *Problemas de la novela* y *Campos de Nijar* de Juan Goytisolo, etcétera. En las artes plásticas la alternativa al in formalismo se centra en torno al realismo social del grupo, Estampa Popular —que aparece en varios lugares del país, Madrid, Sevilla, Córdoba, País Vasco, etcétera— y el arte analítico de los grupos Equipo 57, Equipo Córdoba, etcétera. Es el momento en que se estrena *Los jueves, milagro*, película de Berlanga producida tres años antes, y en que se proyectan películas de Saura y Ferreri como *Los golfos*, *Los chicos* y *El cochecito*. En 1960 se manifiesta el Grupo de Teatro Realista (GTR) de José Ma. de Quinto y Alfonso Sastre.⁷

Los intelectuales se mueven hacia una praxis del cambio aprovechando todos los medios a su alcance.

Sin embargo, en el seno de este movimiento existe cierta confusión y eclecticismo de tendencias, muy perceptible en las principales publicaciones periódicas de carácter cultural que iban apareciendo (y desapareciendo): *Acento Cultural*, *Praxis*, *Cuadernos de Arte y Pensamiento*, etcétera. En general cabe distinguir un grueso núcleo de intelectuales marxistas —comunistas y no comunistas— orientados hacia un realismo comprometido y crítico, más social que socialista, y deseosos de poner en pie una nueva organización de la cultura. Después, en menor número y trascendencia cultural, un sector de cristianos cada vez más ligados a la transformación socialista de la estructura sociopolítica y económica española. Un ejemplo representativo de este sector puede ser la revista *Praxis*, que rápidamente fue prohibida, en cuyo primer editorial se habla de la realización de una sociedad realmente cristiana. En tercer lugar, un pequeño grupo un tanto heteróclito,

6 Cf. Sobre este asunto, los extraordinarios de *Cuadernos para el Diálogo* dedicados a la cultura y la literatura: *Cultura hoy*, Extr. VI, Madrid, 1967; *30 años de literatura*, Extr. XIV, Madrid, 1969; *Literatura española a treinta años del siglo XXI*, Extr. XXIII, Madrid, 1970; *Extra sobre el libro*, Madrid, 1972.

7 Cf. Por ejemplo, entre la abundante bibliografía, Pablo Gil Casado *La novela social española*. Barcelona, 1968.

procedente en ocasiones de las filas de Falange y, concretamente del SEU y el Servicio Universitario del Trabajo, que adopta una posición cada vez más independiente respecto a las jerarquías del régimen y que es fuertemente presionada, desde la base por todos aquellos sectores de la oposición intelectual que se han ido filtrando en los aparatos legales desde 1954. Acento Cultural ejemplifica en sus páginas esta situación, importante en la Universidad para comprender el paso hacia la organización autónoma del estudiantado, especialmente el Sindicato Democrático.

Los focos de atención de este pujante movimiento intelectual son especialmente dos: a] poner de manifiesto la crisis de la sociedad burguesa en todos sus aspectos, destacando la imposibilidad de continuar manteniéndola, de continuar defendiendo sus estructuras tras el derrumbe que se avecina, y b] testimoniar la situación del proletariado, las razones de sus protestas y reivindicaciones. Consecuentemente, replantea también la posición y la función del intelectual y el artista, tanto en sus obras como en su comportamiento civil.

1962 es un año decisivo, eje sobre el que se abre un nuevo periodo. El 7 de abril estalla en Asturias el conflicto laboral más importante desde 1939. Duró dos meses y se extendió a Vizcaya, León, Guipúzcoa, Puertollano, Riotinto. 1962 es también el año en que aparecen, en el seno de ese conflicto, las Comisiones Obreras (CCOO), configurando una nueva táctica y estrategia del movimiento obrero. La huelga de Asturias era el final de la crisis. El nacimiento de las CCOO inauguraba un nuevo periodo.

4. DESARROLLO Y DESARROLLO IDEOLÓGICO

Hasta cierto punto 1962 parece un ensayo general para 1975. Las desesperadas maniobras de la burguesía para buscar una salida ante una transición que parece inminente fracasan en sus propias contradicciones, mientras que en el seno del proletariado se pretende, o bien una política de alianzas que, bajo la hegemonía del proletariado, luche por las libertades, o una *democracia real* sin ningún tipo de pacto de reconciliación, como declaró expresamente el Frente de Liberación Popular (FLP) (30-VI-1962).

Pero sólo *hasta cierto punto* es un ensayo. La crisis de hegemonía no ha sido tan profunda como se pensaba y la reorganización ministerial de 1962, con la entrada de Fraga Iribarne en sustitución de Arias Salgado, viene a mostrar que el bloque va a jugar su gran baza ideológica: la liberalización.

A niveles ideológicos —y especialmente desde el punto de vista de la ideología burguesa, que empieza a "organizarse" de acuerdo a un país que no es ya el de los años 40

— los efectos de la Ley de Prensa e Imprenta son conocidos. La atenuación de los controles administrativos alienta un importante desarrollo de la industria cultural, con la consiguiente aparición de una sorprendente (para los desacostumbrados lectores de entonces) bibliografía y de revistas de carácter teórico e incluso político. La historia de todo este proceso está aún por hacer y no seré yo el que lo intente en estas líneas. Solamente señalaré un hecho fundamental: la aparición de un mercado cultural mejor nutrido puso de relieve la inanidad del pensamiento tradicional de los sectores integristas, su baja calificación intelectual, su futilidad y su esterilidad de cara a la elaboración de una concepción capaz de legitimar lo establecido y aglutinar una amplia base social en torno a ello. La revista *Atlántida* que, tácita o explícitamente, sustituía a la ya vieja y extemporáneamente combativa *Punta Europa*, es un buen ejemplo de esa inanidad.

Frente a esta inanidad se iba a asistir a un desarrollo de las ciencias sociales y humanas, de la sociología y la historiografía, de la filosofía analítica, etcétera. Aunque a primera vista pueda parecer que semejante auge no era sino una simple operación de recambio —la necesidad de llenar el hueco de lo inane—, la mera sustitución de un pensamiento integrado inservible, e impresentable, por otro pensamiento integrado pero más útil. Pero la misma preocupación por la entidad específica de las ciencias sociales, su planteamiento científico —y, en ocasiones, su cientifismo— quebraba uno de los aspectos fundamentales del aparato cultural: su estructura de poder. Lo que se ha llamado indebidamente "masificación de la universidad" no era más que la expresión directa de esta quiebra y la manifestación, en un terreno concreto, de las contradicciones inherentes al sistema. La "masificación" mostraba la inadecuación —y no sólo material, física— de la vieja universidad estamental. La sustitución, incluso personal, del jerarca de la cátedra erosionaba el hasta entonces frente monolítico que el poder burocrático podía ejercer. Porque también en el seno de la cátedra jerarquizada se produjeron las pertinentes contradicciones, que no eran sólo intelectuales, ni tampoco académicas.

La actividad ideológica del bloque en el poder discurre por varios caminos. En primer lugar, quizá el más importante sea el fomentar la ideología del desarrollismo y la efectividad económica. Una pretendida despolitización de la sociedad parece ser la panacea tecnocrático-política. En la universidad se intenta organizar una participación estudiantil con sólo problemas académico-profesionales. El desarrollo y la despolitización son parodias tan claramente ideológicas que el mismo régimen se verá obligado ocasionalmente a abandonarlas: el apoyo de los intelectuales a los huelguistas asturianos y las protestas por las torturas, la campaña en torno a Julián Grimau, el proceso de Burgos,

son momentos álgidos y llamativos en que el gobierno revela sus planteamientos políticos de base en el terreno ideológico.

Ahora bien, la ideología del desarrollo y el apoliticismo se complementaba con otro planteamiento: España caminaba hacia Europa. La Ley de Prensa e Imprenta, de carácter liberalizador tras la noche de los tiempos del ministro Arias Salgado, la aparición de asociaciones culturales y de estudios, de clubes de apariencia política, la tolerancia progresiva hacia algunas críticas de la política gubernamental, todo ello estaba encaminado a proporcionar una nueva imagen de España en Europa sin poner en peligro el poder y la estabilidad del sistema.

La ideología siempre ha consistido en proporcionar imágenes, ése es su papel. Pero en este caso —y en todos— la imagen debe apoyarse en algunos datos, o al menos apariencia de datos: si se hablaba de desarrollismo era porque se elevaba el nivel de consumo de algunos sectores de la población, preferentemente la burguesía media de los grandes núcleos urbanos y el proletariado calificado. Si se caminaba hacia Europa (?) es porque podía empezar a hablarse de algunas cosas que hasta el momento habían estado prohibidas. Si se ensalzaba el apoliticismo era por la incapacidad política del régimen político por excelencia: el que exigía juramentos de fidelidad política para cualquier actividad pública, ser miembro del partido único (Movimiento Organización) para el ejercicio de cualquier cargo de responsabilidad pública, buena conducta político-social para mantener el empleo o encontrar alguno, etcétera. El régimen que legitimaba su poder organizando manifestaciones políticas según el más puro e irracional estilo 1940, decidía de pronto abandonar la política. Los tecnócratas del Opus Dei podían permitirse el lujo de arbitrar libertades políticas una vez que se hubiera alcanzado la renta europea. Eso decían. No era un lujo que se permitían, no tenían otro camino. Tan cínica afirmación era la confesión de su situación verdadera: para alcanzar esa renta, o mejor dicho para alcanzar la productividad y los beneficios —que eran las ideas que encubría la fórmula— del capitalismo europeo, era preciso recurrir a medidas que corrían peligro en un medio de libertades públicas, pues todas ellas implicaban un aumento de la presión sobre la clase obrera.

Esta presión podía ser de dos tipos, y ambos se ejercieron. En primer lugar, la represión pura y simple de un movimiento que, como el de las CCOO alcanzaba cada vez mayor fuerza. En segundo lugar, la presión económica y social consustancial con la peculiar estructura de nuestro capitalismo, aumentada ahora con las transformaciones a que estaba siendo sometido. La transformación industrial del país no fue capaz de absorber la mano

de obra proveniente de la agricultura. Según Alfonso G. Barbancho, en la década 1961-1970 los nuevos puestos de trabajo creados son sólo el 1.9% del incremento de la población en ese periodo, unos 64 526 puestos de trabajo, cuando hubiera sido necesario crear 870 000 aproximadamente (*Las migraciones interiores españolas en 1961-70*, Madrid, 1975, pp. 84-86). Otros estudiosos proporcionan cifras más angustiosas. En cualquier caso, y no se trata de entrar ahora en una discusión de cifras, el resultado fue un amplio movimiento migratorio acompañado de un creciente deterioro de las condiciones de vida y trabajo. La pérdida de puestos agrícolas —estimada por el mismo autor en 1.7 millones— supuso una movilidad de la población como hasta entonces no había tenido lugar. La incapacidad del sistema para atender a la demanda mínima de condiciones de vida y de trabajo se hizo entonces patente, dando lugar a un amplio movimiento reivindicativo y político en las barriadas de las grandes ciudades del que en seguida hablaremos. Su influencia en el cambio ideológico fue decisiva.

Las transformaciones ideológicas iban casi al paso de las sociales, afectando a las diversas capas y fracciones, así como a la organización del aparato ideológico en su conjunto. En general, creo que durante este periodo es posible hablar de las siguientes orientaciones:

a] La ideología del aparato del Movimiento, de carácter fuertemente burocrático, que tiene sus bases principales en Secretaría General del Movimiento, Organización Sindical (la llamada Línea de Mando y la burocracia administrativa), Ministerio de Trabajo, así como en las organizaciones que surgieron de la guerra civil y que, de una forma u otra, son de ex-combatientes: Guardia de Franco, Alféreces Provisionales, Sargentos Provisionales, Federación de Excombatientes, etcétera. A través de su dominio del aparato político y del orden público en las provincias (gobernadores y alcaldes) continúan manteniendo un peso específico en el seno del Estado.

b] La ideología desarrollista de los tecnócratas del Opus Dei, que pretenden construir un país económicamente moderno (dentro de las más rancias pautas del capitalismo monopolista dependiente), pero políticamente distinto. Son instrumento directo del capital financiero y empiezan a ser desbancados cuando intentan configurar un poder económico y social propio (mediante la penetración económica en la banca, en el aparato de enseñanza, en los medios de comunicación de masas, etcétera).

c] La ideología ligada a una burguesía urbana y a un capital industrial emergente, cuya principal manifestación en este orden es la frustrada Ley General de Educación, que propone una transformación del aparato reproductor de la fuerza de trabajo y del aparato

ideológico apoyándose en el "principio de igualdad de oportunidades". Generalmente, en su torno se agrupan intelectuales de "talante liberal".

Entre sus manifestaciones cabe citar producciones tan diferentes como la filosofía analítica y la sociología empírico-weberiana.

d] El pensamiento marxista académico o de cátedra. Es decir, toda aquella elaboración marxiana desligada de la práctica, tanto actual como potencialmente, que generalmente es admitida por la industria de la cultura y los controles administrativos y, en cuanto tal, legalizada.

e] El pensamiento marxista conectado directamente con el movimiento y la lucha obrera, que ocasionalmente aparece en medios de difusión legales, pero que las más de las veces se difunde clandestinamente.

Dado que a] y b] no traen aportaciones nuevas y de interés, manteniéndose a tono con lo ya dicho, voy a ocuparme someramente de las orientaciones restantes.

En pos de una filosofía y una sociología científicas

Comparemos someramente el panorama filosófico al comienzo de los sesenta y al comienzo de los setenta. En la actualidad, los departamentos universitarios de predominio neopositivista no son una excepción, la única revista filosófica de algún interés se ocupa preferentemente de temas de filosofía analítica, entre las figuras más prestigiosas de la filosofía académica, varias podrían adscribirse a esta tendencia, las publicaciones sobre lógica y filosofía analítica se han multiplicado. Desde un punto de vista institucional, la Lógica ha pasado a sustituir a aquella tradicional asignatura denominada *Fundamentos de Filosofía*, y se empieza a preparar la transformación de los profesores de Fundamentos. Ciertamente, las revistas oficiales de filosofía —cuando se publican— continúan manteniendo una fisonomía tradicional, se mantienen asignaturas tradicionales — metafísica, teodicea...— tras el peligro que corrieron con los planes de estudios emanados por la efímera autonomía universitaria; algunas de las figuras sagradas de la filosofía universitaria continúan ejerciendo su magisterio, pero este ejercicio sólo es la espera de la jubilación (la esperan ellos, los alumnos y los profesores deseosos de ocupar sus puestos). De la decadencia ideológica —visible ya en los años sesenta—, se ha pasado a una larga liquidación en que los baluartes burocráticos resisten duramente.

El auge de la filosofía analítica tiene muy diversas explicaciones, en las que ahora no vamos a entrar. Desde las más superficiales de carácter sociologista que lo fundamentan en

la correspondencia necesaria entre filosofía analítica y desarrollo científico, hasta aquellas otras más humildes, pero también más precisas, que hablan de una fundamentación necesaria de la filosofía y de la ciencia, del lenguaje, etcétera. En cualquier caso, lo que nos interesa es su papel. Desde este punto de vista pudiera pensarse que la filosofía analítica, en cuanto filosofía de la ciencia y metafísica lingüística, se coloca al margen de los planteamientos anteriores, es neutral en la perspectiva de clase, a la manera en que lo son las ciencias positivas. Y ello sería cierto si esta tendencia se planteara sólo como lo que efectivamente es en sus textos más sobrios, que no coincide con lo que, objetivamente, pretende ser, con el puesto que ocupa y el papel que juega: ocupa el puesto de una filosofía —se reclama como tal, no como ciencia positiva— y como tal se enfrenta a otras corrientes filosóficas, se propone como fundamento de una *concepción del mundo que ve en la realidad un problema científico-natural y en el debate ideológico un problema lingüístico*. Aún más, al tomar como modelo exclusivo el de las ciencias positivas, extrapolándolo a otras ciencias, especialmente a las sociales, cae en lo que en cierta ocasión hemos denominado ideología lógica.⁸ Un tipo de logicismo que, separando claramente la ciencia de los juicios de valor, convierte a la filosofía analítica en la fiadora y legitimadora de aquélla y al marxismo en el determinante de éstos y sus opciones prácticas, según han tenido ocasión de manifestar algunos analíticos ya ilustres entre nosotros.

De todo esto, yo quisiera concluir que la filosofía analítica satisface objetivamente a algunos de los más importantes intereses de la concepción burguesa del mundo (y deja otros sin cubrir, por lo que será necesario acudir también, como lo haremos, a otras corrientes filosóficas). Entre los intereses que satisface destacan:

—Su cientifismo y asepsia eliminan cualquier sospecha de tendenciosidad y apriorismo ideológico. Presentada como el rigor mismo de la razón, su papel ideológico se apoya precisamente en la negación de la ideología. En esto se diferencia notablemente —y con ventaja— del tomismo.

—Al plantear las cuestiones en un nivel estrictamente teórico, convirtiendo el debate ideológico en una disputa sobre la corrección o incorrección de los problemas y sus planteamientos —y por lo tanto como un intercambio de ideas—, establece una clara separación entre la teoría y la práctica y, simultáneamente, acepta como un hecho la división del trabajo.

—Moviéndose en el seno de un debate ideológico así limitado, deja intactos los problemas

⁸ Varios autores, *Alienación e ideología*, Madrid, 1973.

que aborda y la realidad histórica que los produce, deviniendo una contemplación de la transformación de lo real.

Ni qué decir tiene, que nada de esto permite afirmar cosas como: el carácter burgués de los filósofos analíticos, la burguesía ha producido la filosofía analítica, la filosofía analítica es filosofía burguesa y debe ser rechazada, etcétera. La filosofía analítica surge como una necesidad propia del desarrollo de la filosofía, en cuya evolución supone un buen tratamiento de higiene, de la misma manera que la *Lógica* sustituye a los *Fundamentos* por las necesidades propias de la enseñanza y la cualificación de la fuerza de trabajo. El problema se plantea a partir del momento en que tal filosofía analítica o la lógica se convierten en la *Filosofía*, pasan de ser una ciencia de la particular a una *ciencia de lo universal*, para usar la terminología que Lenin hizo clásica.

Es esta misma extrapolación la que explica su incapacidad para satisfacer los intereses dominantes. Su asepsia y neutralidad le impedían intervenir directamente en la lucha diaria: la postura del contemplador es poco convincente cuando los acontecimientos se desatan, y, mirando retrospectivamente, a partir de la mitad de los sesenta los acontecimientos se han desatado en nuestro país: en la Universidad, en el horizonte político y cultural, en la estructura social... Las contradicciones existentes en el seno del bloque dominante —entre los diversos sectores del capital monopolista y el aparato burocrático— y las contradicciones de clase han introducido una dinámica histórica desconocida en los años anteriores. La filosofía "posnietzscheana", "lúdica", "nihilista", o como quiera llamársele —más conocida por lo estruendoso de sus proclamas que por lo nutrido de sus representantes—, ha aparecido en el seno de esa dinámica y como complemento polémico de la ideología analítica.

La máxima expresión de esta filosofía lúdica y nihilista se encuentra en Fernando Savater. Junto a él, un grupo de intelectuales con intereses en los más diversos campos — filosofía, crítica literaria y artística, poesía, etcétera— que publican un volumen colectivo: *En favor de Nietzsche* (Madrid, 1972). Simultáneamente, en esta línea, se procede a la traducción de E. M. Cioran (Breviario de podredumbre) y de G. Bataille (Teoría de la religión, Sobre Nietzsche, etcétera), y F. Savater publica un *Inventario de Nietzsche* (Madrid, 1973) que puede ser un repertorio-manifiesto de esta actitud, pues se trata de una actitud más que de una tendencia delimitada y precisa.⁹

La actitud rechaza tanto la filosofía analítica, cada vez más instalada en el poder

⁹ Una posición un tanto peculiar es la de E. Trías. Ligado en un principio al estructuralismo althusseriano — La filosofía y su sombra. Barcelona, 1969—, evoluciona rápidamente hacia posiciones cercanas a esta actitud: *Filosofía y carnaval*, Barcelona, 1970, *La dispersión* Madrid, 1971.

académico y cultural, cuanto el marxismo militante al que acusa de dogmático y empobrecedor, deseoso de colocar nuevos señores en lugar de los viejos. La actitud se define por su oposición a los señores y al sistema creado por ellos, en todos los campos.

La lógica de su aparición es tan irrefutable como la inutilidad de su desarrollo. La incapacidad de la filosofía universitaria para hacer cambiar las cosas, la sensación de que la realidad pasaba a su lado mientras se desgranaba la filosofía analítica en busca del significado, la fundamentación, etcétera. Por otra parte, el carácter subterráneo del marxismo, su difícil desarrollo por causas internas y externas, la ambigüedad de su presencia académica, ambigüedad que rozaba muchas veces con la integración pura y simple, contribuía también a aumentar la sensación de marasmo, de inquietud. Todo esto se encuadraba en una situación general que incitaba a mirar con cierto temor y desconfianza al futuro, propiciando una reacción radical en contra de la posible “utilidad” de la cultura (y de la filosofía), pues parecía haber sido inútil hasta ahora a pesar de los compromisos, rebeldías, denuncias... En otros términos y niveles, con una gradación diferente. Volvíamos a tener la gradación que se produjo al comienzo de los sesenta, cuando el arte y la cultura comprometidos entraron en crisis. Ahora parecían entrar en una crisis equivalente, aunque los protagonistas fueran otros.

En otro sector, el de la sociología, el poder académico y cultural va a caer pronto en manos de una sociología empírico-weberiana con algunos rasgos de funcionalismo y ocasionalmente muy ligada a Parsons, tanto a la terminología cuanto a sus ideas-tópicos. El contraste es tanto más llamativo cuanto la sociología instalada no había podido desarrollar hasta ahora más que retóricas aproximaciones laudatorias al régimen, penetradas casi siempre de metafísica cuando no de teología y moralismo católico. En este campo, tan importante desde el punto de vista ideológico por lo que supone de reflexión sobre la configuración sociopolítica e ideológica, la situación es muy parecida a la existente en el de la filosofía: se trata de escapar al oscurantismo por el camino de la científicidad, se trata de sustituir la retórica apología de un supuesto orden natural o providencial por un análisis científico.

¿Un análisis científico? Disponemos de más material del que, en este campo, podemos necesitar. Podemos referirnos —para ejemplificar escuetamente— a un sociólogo “reconocido” entre los nuevos sociólogos —Carlos Moya— y a un maestro que profesa en el extranjero —Juan Linz. El primero es autor de *El poder económico en España*¹⁰ que, si bien es cronológicamente algo posterior, puede considerarse como la “culminación de un

¹⁰ Madrid, 1975.

modo científico” de entender el país. El segundo es autor de un texto ya clásico —*Una teoría del régimen autoritario. El caso de España*—, conocido durante mucho tiempo en ejemplares de circulación restringida, que sólo ahora acaba de publicarse legalmente en España.¹¹

Ambos autores plantean una cuestión básica: el acceso al poder en nuestro país, el problema del poder político en el seno de la formación social española.

Tras la guerra civil y la prohibición del sistema parlamentario y los partidos políticos, hubo un momento en que parecía previsible la formación de un régimen de partido único, surgido del Decreto de Unificación, FET (Falange Española Tradicionalista) y de las JONS (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas), y con el general Franco como Caudillo y Jefe Supremo. En un régimen de partido único —aparte de los matices numerosos pero no relevantes en el aspecto que ahora nos ocupa— las élites dirigentes se constituyen a partir de los cuadros del aparato, mediante sistemas más o menos objetivos y públicos. Sin embargo, en España tras los momentos en que el partido se ofrecía verosímilmente como el instrumento del régimen —momentos que coincidieron con el auge de las potencias del Eje— se abrió un periodo en que se aclararon las diferentes situaciones políticas y la correlación de fuerzas dentro del bloque en el poder. A partir de 1946 asistimos a la paulatina preponderancia del capital financiero, que desbancará de los sectores más importantes —económico, ideológico...— a FET y de las JONS y a las restantes fracciones dominantes, encontrándose en condiciones de tomar la dirección del aparato (o aparatos) de Estado a partir de 1957-59.

Sin embargo, esta evolución tan sumariamente descrita no aniquiló la fisonomía del viejo aparato político: el partido único fue sustituido por el vacío burocrático o por la actuación de fuerzas que se movían al margen de cualquier apoyo social verificable. El temor al hundimiento del sistema condujo al rechazo de cualquier forma de gobierno que, al permitir algún tipo de participación de la población, pudiera ponerlo en peligro: ni el parlamentarismo ni el partido único tenían cabida en el franquismo.

Ello planteó un problema de difícil solución: ¿hasta qué punto los grupos en el poder, las élites, representaban a y eran instrumento de los sectores sociales hegemónicos? La configuración de grupos de presión no ha parecido capaz de sustituir al sistema de partidos, especialmente en una alternativa política de crisis endémica, de provisionalidad constantemente negada pero siempre vigente. Ni siquiera en los más altos niveles de poder se percibía una ligazón clara entre los individuos que dirigían y los sectores sociales que

11 En el volumen colectivo *La España de los años 70*, Madrid, 1974.

los apoyaban. El poder personal se convertía, entonces, en la medida del poder político y, simultáneamente, de su vulnerabilidad, en la medida de su debilidad. El refrendo y el apoyo se alcanzaban a posteriori, no a priori, como suele suceder en los regímenes normales de la llamada área occidental: era la oportunidad o inoportunidad de las medidas políticas la que lograba —una vez que se había alcanzado el poder— el apoyo o el rechazo, la que determinaba la operatividad de la línea emprendida.

La política franquista aparecía así como una sangrienta parodia del sistema de acierto y error. Los errores eran costosos, aunque a primera vista pudieran parecer insignificantes o inocuos. Y las élites daban la sensación de bastarse a sí mismas. El gobierno y el país eran cosa de unos pocos sin que los demás tuvieran acceso alguno a las decisiones como no fuera de forma negativa: la presión de los movimientos de masas servía más para cortar expectativas y caminos, para agudizar las contradicciones —haciendo inservible el sistema— entre las diversas fracciones del bloque dominante, que para protagonizar la reciente historia política, en el sentido que estas palabras tienen en cualquier país capitalista desarrollado de Europa occidental. El capital financiero fundido con la oligarquía terrateniente e industrial, el capital industrial que podemos denominar independiente (independiente del capital extranjero, de la tecnología alemana o estadounidense...) deseoso de competir en mercados más amplios, la pequeña burguesía urbana y rural que nutrió los primeros aparatos del régimen y de la que no queda ya, en el régimen, más que su esqueleto —la burocracia—, sólo podían apoyar a este o aquel gobierno una vez que veían su comportamiento efectivo, sólo si éste o aquél gobierno expresaba e instrumentaba sus intereses. Pero no había sistema alguno para preparar anticipadamente programas de gobierno, y por ello no había programa alguno para alcanzar anticipadamente el consenso que en las democracias parlamentarias o en las populares es la base de la dirección política. Sólo el refrendo carismático del General Dictador suplía ese consenso. De ahí que las élites vieran en él algo mucho más importante que el apoyo de las masas o de sus propios sectores sociales, de ahí que se agarren con uñas y dientes a un poder que las legitima por encima de todas las cosas. El compromiso era ambivalente, pues ¿cuál podría ser el poder de un General Dictador que no contase con semejantes recursos?

A lo largo de lo anterior —donde sólo se ha descrito lo visible— puede apreciarse ya qué aportan nuestras peculiaridades a los sociólogos: difícilmente podían haber soñado un campo donde sus hipótesis resultasen más fácilmente verificables. Si sólo se atiende a las instituciones y a la superestructura, parece que las clases se hubieran difuminado, incluso

sus capas desaparecerían en una masa amorfa perfectamente dominada y dirigida por grupos selectos que buscan la “racionalidad”. Nunca se vieron tan claramente las posibilidades de una sociología empírica, puro naturalismo.

Por lo que respecta al citado libro de Moya, la dinámica político-social que recoge es la que se establece a partir de los acuerdos y las disensiones entre las diversas élites: la “aristocracia financiera” que dirige el sistema económico tras la guerra civil, la “élite militar”, la “nueva administración” que racionaliza el sistema siguiendo las pautas marcadas por el sistema de desarrollo neocapitalista, etcétera. El modo de caracterizar a estos grupos es notablemente simple y a la vez considerablemente arbitrario: en el caso de la aristocracia financiera es su origen de clase, en el de la nueva administración su función y sistema de reclutamiento... En todos parece faltar algo tan objetivo como los intereses de clase a los que sirven, que instrumentan o simplemente expresan. Esto no es casual ni resultado de un olvido. Si las clases han dejado de tener función alguna, entonces nada se aclara estableciendo la posible conexión entre clase y élite. La dinámica que mueve a los grupos no responde a los intereses de clase sino a los del grupo, incluso a los individuales. Los límites de las transformaciones y el cambio se mueven en las estrechas perspectivas del modelo que les satisface, o puede satisfacer, el capitalismo desarrollado en un país semidependiente (al margen de que tal opción resulte contradictoria e incluso ininteligible por la oposición desarrollo/semidependencia). Dicho de otra manera, se decide de antemano que no hay alternativa para el cambio, es decir, para pasar a modelos distintos.

Alguien puede argumentar, sin arriesgarse demasiado, que la experiencia corrobora esa tesis, al menos en dos sentidos: la evolución del sistema español parece conducir desde una etapa de absoluta irracionalidad capitalista en la década de los cuarenta y parte de los cincuenta a una progresiva racionalización neocapitalista que alcanza su cima en los años sesenta; por otra parte, no parece existir en el momento actual posibilidad alguna de ir más allá de la sociedad burguesa, e incluso los partidos revolucionarios proponen metas que no escapen a tales límites: las libertades democráticas. A esto cabe contraponer que, primero, la verosimilitud de la imagen depende precisamente de que no es sino una imagen especular, un simple reflejo de lo que cualquiera puede percibir; en segundo lugar, la inexistencia de un análisis de clase simplifica la dinámica histórica reduciéndola a una cuestión de conquista de la racionalidad y considera de la misma forma la lucha por las libertades democráticas encabezada y dirigida por el proletariado que por la burguesía. Ahora bien, por lo que respecta al primer punto, sólo un análisis concreto de la dinámica historicosocial pondrá de manifiesto lo que encubre el pretendido logro de la racionalidad:

la presencia de la clase obrera agudizando las contradicciones en el seno del bloque dominante y cortándole su campo y posibilidades de maniobra -como se advirtió a partir de 1960 y como puede apreciarse muy especialmente hoy día, cuando el régimen se revuelve inerme ante la alternativa que ofrece la Junta Democrática.* Por lo que hace al segundo, desconoce planteamientos políticos básicos e ignora aquello que retóricamente (pero no por ello de forma menos cierta) ha venido siendo considerado, desde la revolución soviética, como la enseñanza de la historia: la dinámica que el movimiento obrero imprime (puede imprimir si opta por una política revolucionaria y no reformista) a las reivindicaciones burguesas conduce a la ruptura de la actual forma de Estado, haciendo añicos el modelo que parecía paradigma absoluto.

Lo que Moya no aporta, la mecánica a través de la cual las élites acceden al poder y lo ejercitan, es el tema de un texto ya clásico de Juan Linz, *Una teoría del régimen autoritario. El caso de España*, en el que estudia el autoritarismo franquista, aunque no sólo el franquismo.

Juan Linz considera que el autoritarismo es un régimen con entidad propia, y en cuanto tal posee una serie de características, como son: la mentalidad frente a la ideología, la apatía frente a la movilización política de las masas, la característica posición de los militares, las notas burocráticas del partido autoritario, en caso de que exista, etcétera. En todos estos puntos, el trabajo de Linz se atiene a las pautas ya comentadas respecto al empirismo: describe lo que hay. El problema surge cuando se trata de establecer los procesos de cambio, el dinamismo histórico, a partir de la estricta presencia de las élites y la autoridad legitimadora del General Dictador. La debilidad del sociólogo consiste aquí, una vez más, en explicar la evolución a partir de una situación cerrada: el acceso al poder responde a una llamada, el cese no es más que un agradecimiento. En esta argumentación, la política aparece como un maquiavélico juego en el que muchas veces las piezas no saben por quién son manejadas, ni siquiera si son manejadas. Ahora bien, semejante explicación descubre una serie de vacíos importantes y el más importante es la presencia de la población: sólo unas masas dispuestas a aceptar cualquier cosa, pasivas, incapaces de movilización y de presión, sólo una masa amorfa que hace de telón de fondo puede satisfacer a una explicación semejante. Las masas se movilizan o no a gusto del General Dictador, carecen de ideología pero poseen mentalidad de asentimiento por algún tipo de manipulación cuya estructura y origen desconocemos. Las masas aparecen como el todo

* El artículo fue escrito antes del acuerdo entre la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia que coordina a la mayoría de la oposición. [R.]

indiferenciado que asiste estáticamente a la tragedia autoritaria que a su alrededor se desenvuelve. El laboratorio traiciona a la historia y la pauta o el baremo de la eficacia no son sino argumentos de artificio que se pueden utilizar en la superestructura, pero que difícilmente tienen algo que ver con la evolución política y la lucha de clases.

Existen otras investigaciones sociológicas algo menos ingenuas, pero también de menor éxito, que en lugar de plantear la historia al margen de las clases se aproximan a éstas con una perspectiva descriptiva. Es el caso de J. F. Tezanos en su *Estructura de clases en la España actual*,¹² donde la clase aparece como una agrupación, de individuos estadísticamente cuantificable a partir de datos elementales, niveles de ingreso, consumo, participación, etcétera, sin tener para nada en cuenta que semejantes fenómenos responden a un determinado modo de producción y una concreta formación social, y al lugar que en ese modo y esa formación ocupa esa “agrupación de individuos”.

Creo que la ejemplificación realizada a partir de Moya y Linz permite hacer algunas presiones sobre lo que este tipo de análisis sociológico percibe en los aparatos de Estado. Frente a la vieja simplicidad que ligaba directamente la actividad social y económica con la política, la nueva sociología ha tenido en cuenta la existencia de unas mediaciones que interfieren y condicionan las actividades sociales: los aparatos de Estado. Como en tantas otras ocasiones, este análisis no es casual en absoluto, para explicarlo disponemos de diferentes factores, y en primer término del desarrollo que tales aparatos adquieren en el capitalismo avanzado y en las áreas dependientes y semidependientes; también, en segundo lugar, su trascendental importancia en las sociedades de transición, en las que la transformación del viejo y heredado aparato parece condición *sine qua non*. En este sentido, la perspectiva fundamental de la sociología y la economía política burguesas — tan hábilmente criticadas por figuras tan dispares como Baran, Sweezy, Miliband— consiste en cortar la relación entre los aparatos del Estado y las demás instancias del sistema social. A la vez que presumiblemente legitima el autoritarismo, esta sociología respalda los planteamientos políticos de la burguesía, que ya fueron criticados por Marx en la *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*. El instrumento de dominación por excelencia aparece como un fenómeno ahistórico, bien porque se nieguen los “accidentes históricos” que lo originaron y lo configuran, bien porque se absoluticen, como ha pasado en España con la guerra civil.

La Ley de Prensa e Imprenta permitió la aparición pública de las primeras manifestaciones del pensamiento marxista, incluso de un todavía no muy maduro

12 Madrid. 1975.

marxismo español. Los textos de Manuel Ballester, Francisco Fernández Santos, Jose Ramón Recalde, las colecciones de la Editorial Ciencia Nueva, constituían las primeras muestras de un marxismo teórico que iba a problematizarse a sí mismo en el debate en torno al *papel de la filosofía* que Manuel Sacristán y Gustavo Bueno emprendieron en 1968. Problematización que conducía directamente a un nuevo enfoque de la cuestión, como el texto de M. Sacristán permite ver al atacar no sólo la actual ideología (filosófica) existente, sino sus aparatos de producción (y, por ello, de poder cultural e ideológico): la Universidad en este caso.

La principal tentación del pensamiento marxista fue aceptar la división social del trabajo tal como la nueva sociedad “consumista” la ofrecía y entrar de lleno en un debate ideológico que se entendía en la acepción más estricta de la palabra: como polémico intercambio de ideas. Se hablaba teóricamente de la transformación de lo real y de la lucha de clases, pero no se planteaba nada que teóricamente incidiese en esa transformación y en esa lucha. Es decir, no se abordaba correctamente un problema central de la lucha de clases: la política cultural y la lucha ideológica.

En el campo del pensamiento marxista, la producción filosófica, sociológica, crítica, etcétera, inició una discusión sobre temas tales como el estatuto epistemológico del pensamiento dialéctico, la inversión/no inversión de la dialéctica hegeliana, la relación entre ciencia y marxismo, el carácter ideológico/no ideológico de la categoría de alienación, etcétera. Nota general de todo este debate, que podía tener ramificaciones en algunos de apariencia menos estrictamente marxista (como la polémica de G. Bueno y M. Sacristán en torno al papel de la filosofía), era su alejamiento de la concreta práctica cotidiana, su adopción de las pautas polémicas a la francesa.¹³

Pensamos que ninguna de estas actitudes ha sido inútil, pero sí lo ha sido su falta de contacto. En un caso, el de un marxismo fuertemente politizado pero huero de planteamientos teóricos, se caía muchas veces en la ingenua actitud de sublimar los fracasos en un triunfalismo retórico. El planteamiento de la crítica (?) a la Ley General de Educación en los medios universitarios es un buen ejemplo de lo que indicamos. El origen de tales simplicidades se encontraba en un deficiente o inexistente análisis de la formación social española. En el segundo caso, la discusión pertrechó a los opinantes de un bagaje terminológico y conceptual como hasta el momento nunca había podido exhibir el marxismo español. La discusión en torno a los planteamientos althusserianos, la recepción

13 Cf. *III Simposio de lógica y filosofía de la ciencia. Filosofía y ciencia en el pensamiento español contemporáneo*, Valencia, 1971. Varios autores, *Teoría, práctica teórica*, Madrid, 1971. E. Trías, *Teoría de las ideologías*, Barcelona 1970.

de las tesis dellavolpianas, permitían ma esgrima dialéctica de gran altura o, al menos, de aparente gran altura, y encadenaba nuestro pensamiento marxista al europeo. No parece justo rechazar todo esto para volver ala simplicidad de la ignorancia, pero sí señalar que, mientras hablaba de la praxis o de la sobredeterminación, la división social del trabajo a que estaba sometido quien así peroraba —o perora— sancionaba aquello contra lo que decía luchar.

No obstante, ha habido algunos intentos de acerar la teoría a la práctica política concreta. Por ejemplo, bien parte del debate en tomo a la revolución científico-técnica, si bien reproducía elementos considerables de un debate europeo, se articulaba con la concreta problemática de la lucha de clases en España, especialmente teniendo en cuenta las transformaciones ocurridas en nuestra estructura productiva y la tendencia objetiva a la proletarización de los trabajadores intelectuales.¹⁴ La intervención del Equipo Comunicación en el debate en numerosas ocasiones¹⁵ no nos exime ahora de pronunciarnos sobre sus términos. Solamente señalar que a partir de tales planteamientos se podía llenar de contenido teórico, y por tanto de cierta precisión, afirmaciones tan ambiguas como por ejemplo las que hacen referencia a la alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura, cuya misma terminología puede inducir a confusiones notables. Otro tanto cabe decir de algunas aportaciones —no tan abundantes ni tan desarrolladas como fuera deseable¹⁶ al problema de la formación del bloque histórico, que se entendió como un comentario-exégesis del pensamiento de Gramsci a la vez que como marco de comprensión de la citada alianza. En cualquier caso, pensamos ahora que tales análisis resultaron absolutamente cortos, en relación a las necesidades teóricas del momento.

El desarrollo del marxismo más o menos académico —y hay que tener en cuenta que en España el marxismo nunca es completamente académico, como se encarga de demostrar la experiencia histórica— iba a sufrir una serie de transformaciones con la crisis que se iniciaba a finales de los sesenta.

No es posible fijar la fecha exacta en que empieza a producirse esta situación. Varía según los campos y las perspectivas, pero suelen señalarse los años 1967 —con la recesión económica y la declaración de ilegalidad (por sentencia del Tribunal Supremo) de las CCOO— y 1969 —con el estado de excepción— como las más adecuadas para centrar la

14 Cf. diversos números de las revistas no legales *Revolución y Cultura*, *Ciencia. Técnica. Revolución y Realidad*.

15 Por ejemplo, “El desarrollo de las fuerzas productivas y la revolución científico-técnica”. *Zona Abierta*, 1, Madrid, 1974.

16 En la citada *Revolución y Cultura*.

cuestión. Como en el caso anterior, a finales de los cincuenta, la crisis del sistema se produce por la agudización de las contradicciones del bloque dominante y la presión del movimiento obrero (que ha contribuido decisivamente a lograr esa agudización), y adquiere superiores niveles de intolerancia. Sin embargo, paradójicamente y a pesar de la radicalidad de la crisis, no parece existir una alternativa clara. Este fenómeno se presintió con cierta claridad en los medios más ligados al asunto que nos ocupa. Con motivo del estado de excepción, la Universidad entra en una crisis agonizante y el movimiento estudiantil se fragmenta, la industria de la cultura se somete a un rotundo frenazo, caracterizado por un mayor control administrativo y la clausura de aquellas editoriales que podían resultar más peligrosas —Ciencia Nueva, Equipo Editorial, Ricardo Aguilera...

La operación ideológica no pudo, sin embargo, ocultar una realidad cada vez más evidente. Si la emigración atrapó primero a los jornaleros, después iba a recaer también sobre los pequeños propietarios. La inflación galopante reducía las expectativas de consumo de la burguesía urbana, introduciendo un constante factor de desequilibrio. La situación de semidependencia económica que ve en España un mercado de mano de obra barata y controlada, introduce nuevas tensiones entre las diversas fracciones del bloque dominante. La precaria estabilidad conseguida desde 1962 se rompe definitivamente a finales de la década de los sesenta, cuando la crisis económica —y no sólo a nivel del país — agudiza todos estos elementos.

La crisis ideológica se hace patente en varios aspectos complementarios:

- La concepción desarrollista no puede legitimar ni explicar una situación de deterioro económico grave. El hundimiento de la concepción desarrollista — fenómeno que se referencia en una palabra pero que se produce en un largo espacio de tiempo— arrastra consigo a la visión tecnocrática: la ideología del crepúsculo de las ideologías desaparece de las candilejas incluso antes de que sus autores hayan pasado a la categoría de cesantes. La cesantía descubre lo que casi todos presentíamos: la farsa grotesca de una impotente violencia —impotente políticamente, no burocrática ni “violentamente”— que se resiste a la mortaja. De pronto, lo que eran problemas técnicos se convierte en cuestiones políticas.
- Las asépticas, neutrales, objetivas ciencias sociales recuperan su papel perdido: legitimar lo establecido o criticarlo teóricamente, es decir, como si los fenómenos se debieran más a un error subsanable —para eso están los expertos— que a una estructura de poder y de clase. Incluso como aun así es peligroso hablar de la realidad —hablar de lo real puede producir curiosidad en no se sabe quién, y toda

curiosidad es malsana— parece preferible encauzar adecuadamente vocaciones y técnicas: ninguna ocupación mejor para los psicólogos que la selección de personal, el marketing para los sociólogos, la erudición para los historiadores... Hay una tónica: acercamos a la realidad histórica como una realidad natural (la discusión sobre el método científico se desprende como fruta madura —casi putrefacta por el tiempo que ha estado en el árbol— de esa pretensión de naturalismo a la que tan tozudamente se resiste el objeto de las ciencias sociales. El marxismo tuvo bastante que decir en esa discusión).

- Una vez ocupadas sus nuevas posiciones, los nuevos mandarines empezaron a comportarse como los antiguos, intentando además capitalizar su lucha y su victoria en la cuenta del progresismo. Pero la estructura jerárquica en que estaban metidos y que habían aceptado los ponía en una situación deslucida: el progresismo hacía agua y el aparato ahogaba cualquier intento científico.
- Las contradicciones inherentes al bloque dominante, la falta de ganas del capital financiero por reducir sus pingües beneficios, la falta de disposición del capital extranjero para recortar la plusvalía obtenida, la existencia de un aparato burocrático del cual servirse para hacer presión, impedían llevar a cabo los puntos que la ideología burguesa ponía como legitimadores de su dominio: la igualdad de oportunidades, el aumento de los servicios y el consumo, el desarrollo técnico y profesional, etcétera. El caso ejemplar de la Ley General de Educación, ya citado, es quizá el más ilustrativo.

5. EL CARRERISMO

El estado de excepción, el escándalo Matesa, el proceso de Burgos, el gobierno monocolor de la tecnocracia opusdeísta son el marco en que se abre el carrerismo. Ciertamente que el nombramiento del almirante Carrero Blanco como presidente del gobierno es posterior (9 de junio de 1973), pero el carrerismo había empezado algo antes. El gobierno monocolor tras el escándalo Matesa es el hecho significativo: supone una victoria de aquel sector que está más directamente implicado en el escándalo y revela la influencia de L. López Rodó —el hombre de los planes de desarrollo y la tecnocracia— sobre el almirante. Sólo cuando el almirante sea víctima del atentado que le costó la vida, López Rodó, y con él todo su equipo, desaparecen del gobierno.

Durante el periodo carrerista, el régimen pierde la poca iniciativa ideológica y política

que podía haber tenido hasta el momento. Aún más, algunos datos, como la aplicación de la Ley General de Educación, permiten hablar de un retroceso: se inicia el proceso de *bunkerización*. El régimen se mete dentro de sí mismo, de su aparato burocrático, mientras que los sectores más avanzados de la sociedad española se mueven en pos de un cambio que cada vez resulta más urgente. Se acentúa la movilización y dinámica de la clase obrera, y sectores que como la Iglesia habían sido ahora pilares del sistema sufren una transformación importante. La conclusión 34 de la I Ponencia de la Asamblea Conjunta Obispos-Sacerdotes celebrada en Madrid (1971) dice entre otras cosas “[...] Reconocemos humildemente y pedimos perdón porque nosotros no supimos a su tiempo ser verdaderos ‘ministros de reconciliación’ en el seno de nuestro pueblo, dividido por una guerra entre hermanos”.

Esta situación incidió decisivamente sobre el pensamiento marxista. Por una parte, rompiendo definitivamente la confusa vaguedad en que hasta ahora había medrado el marxismo académico. Por otra, alentando la elaboración de alternativas en los más importantes sectores de la sociedad española.

La ruptura del marxismo académico se verificó tanto en la Universidad como en el aparato de producción cultural. En esta perspectiva, cabe señalar la importancia creciente que ha ido adquiriendo la elaboración colectiva, el análisis de la formación social española y la inversión general de la óptica con que se abordaban los problemas metodológicos y epistemológicos: en lugar de considerarlos como temas autosuficientes, valiosos en sí mismos y por sí mismos, se enfocan ya a partir de necesidades concretas, del concreto movimiento de la práctica. La distancia que separaba la teoría de la práctica en el campo del marxismo español empezaba a ser superada.

Quisiera señalar aquí que, sin embargo, no es posible hablar de pensamiento marxista como de un todo homogéneo en esta cuestión. El marxismo ligado a la socialdemocracia, que había adquirido ciertas posiciones de poder académico, especialmente en el campo de la sociología y las ciencias humanas, parece continuar aferrado a aquella distancia, respetando una vez más la división social del trabajo impuesta en la sociedad capitalista. La trayectoria de la revista *Sistema*, incluso su último número dedicado a Pablo Iglesias, así parece indicarlo.

Pero quizá donde la iniciativa ideológica se ha puesto de manifiesto de una manera más relevante es en el movimiento obrero. Aquí, el pensamiento marxista ha terminado definitivamente con la separación —marxismo académico/práctica política y social— que tipificó la década anterior. El análisis concreto, de las necesidades organizativas ha

conducido a planteamientos tan abiertos como el que expone Simón Sánchez Montero a propósito de los sindicatos y las características del movimiento obrero:

Primero, es un movimiento unitario. Porque es un movimiento de clase de los trabajadores en tanto que tales, con independencia de sus ideas políticas o filosóficas, o de sus creencias religiosas. Es un movimiento y no una organización, aunque necesite una estructura y una dirección permanentes para desarrollar su acción coordinadamente. Es un movimiento que surge en la acción y para la acción, que puede abarcar a todos los trabajadores y reflejará en cada momento la opinión de éstos, y que no tiene ninguna ideología política determinada de antemano. Será en ese orden lo que los obreros quieran que sea.

Segundo, es un movimiento esencialmente reivindicativo. Pero no limitado sólo a las reivindicaciones puramente económicas como el salario, primas, destajos, etcétera, o a las que hacen referencia a la jornada y condiciones de trabajo, sino a todas las que afectan al trabajador como tal y a la clase obrera en su conjunto. Desde la participación efectiva en la gestión de la empresa y en todos los órganos de dirección de la economía hasta los derechos sindicales y políticos, la participación en la seguridad social, la solución de los problemas de la enseñanza, vivienda, etcétera.

Pero el campo de actuación del movimiento obrero no puede ser otro que el económico y social. Pues solamente en este terreno es posible la unidad de todos los trabajadores. El planteamiento de los problemas políticos, la incursión en ese campo haría imposible la unidad.

Tercero, es un movimiento sociopolítico. Es una consecuencia de lo anterior. Aunque no actúe directamente en el terreno político, aunque no se plantee problemas políticos, debe opinar y decidir sobre los problemas sociales que afectan a los trabajadores en su conjunto, y actuar para darles solución adecuada. Eso hace que el nuevo movimiento obrero salga de los marcos estrictamente sindicales y se convierta en un movimiento sociopolítico.

Cuarto, es un movimiento democrático. Esa es una característica esencial. Pero no una democracia formal, sino viva, directa, de participación efectiva de todos los trabajadores en la toma de decisiones y en su realización.

La asamblea en el lugar de trabajo es soberana, es la que toma las decisiones; la encarnación misma del movimiento. Es la mejor defensa contra la burocracia sindical, que tanto daño ha hecho al sindicalismo. Es al mismo tiempo la mejor escuela para los trabajadores, para el desarrollo de su conciencia de clase.

Quinto, es un movimiento independiente del Estado y de los partidos políticos, incluso

de los partidos políticos obreros, aunque tenga con ellos muchos puntos de coincidencia y pueda y deba actuar siempre que sea necesario coordinadamente con los mismos. Pero debe regirse y tomar sus decisiones por sí mismo, sin injerencias extrañas.

Sobre esas bases, y sólo sobre ellas, es posible realizar y mantener la unidad de los trabajadores y asegurar la defensa de sus intereses inmediatos y concretos, y de los intereses generales de la clase obrera. Sobre esas bases será posible superar las insuficiencias y limitaciones del viejo sindicalismo “político” o “apolítico”, incapaz hoy de hacer frente a los problemas que el desarrollo social y económico plantea, y planteará aún más agudamente en el futuro, a la clase obrera.

[...] el nuevo movimiento obrero no puede incurrir en los vicios, errores y limitaciones del anarcosindicalismo o del sindicalismo político, sea reformista o revolucionario. Debe tomar por sí mismo las opciones políticas necesarias y está en condiciones de tomarlas adecuadamente. La ayuda, la orientación de la teoría le llegará a través de sus propios miembros que militan en partidos políticos y que lógicamente constituirán la vanguardia más consciente del movimiento obrero. Pero será una ayuda que llega desde “dentro” del movimiento, sin hipotecar lo más mínimo la independencia de éste. De esa forma se manifestarán en el movimiento obrero las distintas tendencias políticas que influyan sobre los trabajadores, pero sin que el movimiento, de antemano esté adscrito a ninguna de ellas.¹⁷ [Subrayados de V. B.]

La incapacidad del sistema para atender a las necesidades sociales mínimas en los más diversos campos —educación, condiciones de trabajo, vivienda etcétera— ha conducido directamente a la necesidad de elaborar *alternativas globales*. No se trata ya de reivindicaciones parciales sino de verdaderas alternativas que suponen, naturalmente, una alternativa al poder establecido. La actividad ideológica en este horizonte implica, al menos, dos cosas:

1] La conquista de zonas cada vez más amplias de libertad, lo que se traduce en la *alegalidad* como una de las formas típicas de existencia política y la utilización del máximo de legalidad establecida. El movimiento de asociaciones de vecinos y amas de casa en los barrios (asociaciones que, en muchos casos, todavía esperan su reconocimiento legal) y el de los colegios profesionales son los dos ejemplos sintomáticos de esta actividad. La producción ideológica puede empezar a ser a partir de ahora una producción de masas, no una mera elucubración personal de especialistas, puesto que existe

17 S. Sánchez Montero, “Sindicalismo y movimiento obrero”. *Cuadernos para el Diálogo*, Extr. XXXIII, Madrid, 1973.

posibilidad de confrontar, debatir y elaborar contando con la participación de mayorías que hasta ahora se habían movido en órbitas reivindicativas sumamente restringidas o en el estricto asentimiento.

2] La elaboración de las alternativas globales —y de una alternativa de poder político— exige un replanteamiento de la relación vanguardia/masas y del papel del intelectual orgánico en el seno de la clase trabajadora. Exige igualmente un salto en los planteamientos culturales e ideológicos, un cambio en la organización del aparato cultural, tal como lo piden cada vez con mayor urgencia los trabajadores de estos sectores. La lucha ideológica no es ya, de ninguna manera, una contraposición de ideas, tampoco un debate o polémica con el que dar mayor brillantez a la vida cultural. Las tapias del gueto en que la división capitalista del trabajo había encerrado a la producción cultural e ideológica se han derrumbado estrepitosamente en el momento en que teoría y práctica han dejado de ser independientes.